

Novela creada por
BILL ADLER
y escrita por
THOMAS CHASTAIN

QUIEN MATO A LOS ROBINS



Lectulandia

En su momento, la editorial publicó una serie de historias de misterio, homicidios y detectives, seguida de esta novela sin solución. Es decir, al terminarla, los lectores no conocían la identidad del asesino / de los asesinos, ni porqué, cómo, cuándo o dónde habían ocurrido los hechos. La idea, aparentemente, era que después de haber leído las historias anteriores, los lectores podrían aplicar sus habilidades deductivas y llegar a la solución, igual que los detectives de las novelas. Quien lo hiciera ganaría una suma de dinero como premio. Las soluciones se publicarían en la prensa.

Lectulandia

Thomas Chastain

¿Quién mató a los Robins?

ePub r1.0

Titivillus 04.08.17

Título original: *Who killed the Robins family?*

Thomas Chastain, 1983

Traducción: Diorki

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

NOTA DE LOS AUTORES

El misterio que envuelve los asesinatos de la familia Robins (y dónde, cuándo, por qué y cómo murieron) es, como ocurre en todos los casos de muerte violenta, más un rompecabezas que cualquier otra cosa. Ni que decir tiene que hay más piezas que las que encajan en el rompecabezas, pero todas las *que encajan* están incluidas en el relato de las circunstancias en que se produjeron las muertes.

Una regla inmutable en la construcción de los rompecabezas es que su solución no resulte excesivamente fácil. Esta regla ha de cumplirse con especial rigor cuando se trata de misteriosas muertes de ficción en las que las palabras, que nos ponen en el buen camino o nos desvían de él a través de la trama, hacen de piezas del rompecabezas. Hay que separar, pues, todos los datos que se aportan, descartar los que no encajan con otros y, por ello, nada añaden a la solución lógica de los misterios, y acoplar los que realmente se acoplan bien.

Como sabe todo lector aficionado al género policíaco, las obras de este tipo son, en esencia, variaciones de un modelo establecido de antiguo: desde el asesinato en una habitación cerrada por dentro hasta la acumulación de pistas falsas. Jugará con ventaja quien tenga esto presente y sepa recoger los ecos de algunas novelas policíacas anteriores y las referencias que se hacen a ellas.

Diremos, finalmente, que *no todos los datos* que se precisan para resolver el misterio de quién mató a los Ocho miembros de la familia Robins (y dónde, cuándo, por qué y cómo murieron) se encuentran en estas páginas. Pero sí están las pistas que conducirán a obtener dicha información.

En consecuencia, el lector no podrá decir como muchos personajes de más de una novela de la época romántica: «¡Ay, si hubiera sabido...!».

*Bill Adler
Thomas Chastain
Nueva York*

PERSONAJES

(por orden de aparición)

TYLER ROBINS: El patriarca de la familia; presidente del Consejo y director gerente de Robins Cosmetics, empresa multimillonaria propiedad de la familia.

EVELYN ROBINS: Esposa de Tyler, casada con él hace cuarenta años; supervisa los bienes del matrimonio, incluidos la finca Greenlawn, en Maryland, y sus seis hijos.

MARSHALL ROBINS: El hijo mayor. Tras el nacimiento de su hija se separó de su mujer, Pamela. Ha supuesto siempre un desencanto para su padre, su gran decepción.

LIBBY (ROBINS) PITTMAN: La mayor de las hijas. Trabaja en el laboratorio de Robins Cosmetics en Nueva Jersey. Casada con George Pittman.

LEWIS ROBINS: Soltero. Trabaja en Robins Cosmetics de Toronto y en la sede de Nueva York, lo que le obliga a trasladarse continuamente de una ciudad a otra.

JAMES ROBINS: Cuenta 26 años de edad y es el menor de los hijos varones. Trabaja en las oficinas de Robins Cosmetics en París y está casado con Geneviève, una belleza francesa.

LAS GEMELAS:

CYNTHIA ROBINS: Vive con su hermana gemela en Londres; ambas trabajan en Robins Cosmetics. Solteras. Tienen 23 años y son los vástagos menores del matrimonio Robins.

CANDACE ROBINS: Inseparable de su hermana durante toda su vida; es una reproducción exacta de ella, con la única excepción de un diminuto lunar que tiene en la mejilla izquierda.

ALFRED WALES: Mayordomo de la familia Robins.

DORINA WALES: Esposa del anterior; cocinera y ama de llaves de la familia Robins.

PAMELA ROBINS: Esposa de Marshall y madre de su hija.

PHILLIP WINGATE: Vive en Londres; ha cautivado a Cynthia.

JANICE ELGAR: Invitado al desafortunado crucero emprendido por ciertos miembros de la familia Robins.

PAUL BRYCE: Invitado al mismo crucero; hombre de negocios, competidor de Tyler Robins.

DOCTOR JOHN FORBES: Antiguo novio de Evelyn; en la actualidad, médico de la familia Robins.

IAN SHEFFIELD: Capitán del yate propiedad de la familia Robins, *el Falconer*.

PERCIVAL: Mayordomo a bordo del *Falconer*.

ARTURO: Cocinero a bordo del *Falconer*.

JULIÁN SHIELDS: Abogado, amigo íntimo de la familia Robins. Se ocupa de sus asuntos jurídicos.

B. J. GRIEG: Investigador privado de Manhattan.

GEORGE PITTMAN: Marido de Libby; diseñador de envases en Robins Cosmetics.

GENEVIÉVE ROBINS: Esposa de James; espera su primer hijo.

AVA WINGATE: Vive en Londres; hermana [sic] de Phillip.

SARGENTO HORGAN: De la división de homicidios de la policía de Maryland.

STEVE BOLAND: Inglés, obsesionado con Cynthia.

LENA BRAM: Espiritista; dirige sesiones de espiritismo en Londres.

HENRY FOWLES: Investigador privado de Londres.

ROBERT CONVINGTON: Inspector de Nueva Scotland Yard, en Londres.

MARGARET CARMODY: Doncella en la casa de George Pittman en Nueva Jersey.

WILLIAM RAYLOR: Detective de homicidios de la policía de Nueva Jersey.

ERNEST TRUAX: Trabaja en el Departamento de desarrollo de nuevos productos de Robins Cosmetics.

AGNES ELLSWORTH: Solterona; vecina del matrimonio Pittman en Nueva Jersey.

TONY SPADUA: Ladrón; detenido por la policía de Nueva Jersey.

JOACHIM: Mago; tiene una extraordinaria habilidad; nació sordo.

GENET: Joven eurasiática que ayuda a Joachim en sus experimentos de magia.

CAPITÁN WALTHAM: Jefe de la división de homicidios de la policía de Maryland.

PRÓLOGO

Debemos advertir, para quienes buscan un hilo conductor que enlace la extraña serie de asesinatos de los ocho miembros de la familia Robins, que no lo hay. El hecho de que se trate de una familia inmensamente rica es sólo un factor casual en la cadena de acontecimientos.

La última vez que se les vio juntos en vida fue un día de principios de verano. Se reunieron en Greenlawn, la extensa finca familiar situada en el valle Green Spring, de Maryland.

Ese día, desde primeras horas fueron llegando los seis vástagos de la familia, tres hombres y otras tantas mujeres. Unos procedían de lugares cercanos y otros venían de remotas ciudades; a todos les unía el deseo de celebrar el cuadragésimo aniversario de la boda de sus padres, Tyler y Evelyn Robins. Algunos estaban casados y, uno de ellos, Marshall, tenía una hija, pero la tradición familiar exigía que en determinadas reuniones, como ésta, sólo participaran los ocho.

Tyler Robins, que contaba a la sazón sesenta y un años aunque representaba seis u ocho menos, era un hombre fornido, robusto, de modales autoritarios y vigorosos. Presidente y director gerente de Robins Cosmetics, empresa familiar valorada en muchos millones de dólares, había sabido colocar a ésta entre las veinte primeras de la lista de las quinientas empresas más importantes publicada por *Fortune*, y sus oficinas estaban repartidas por todo el mundo. La sede central se hallaba en Nueva York, donde Tyler y Evelyn tenían una mansión en la calle 50 Este, Manhattan.



Tyler Robins



Evelyn Robins

Evelyn Robins, mujer distinguida y esbelta, era dos años menor que su marido y seguía atrayendo las miradas masculinas. Antes de conocer a su esposo Alimentaba la romántica esperanza de convertirse en poetisa o novelista. Hacía tiempo que había abandonado sus sueños, pero, llevada de su afición, escribía un diario personal. La página correspondiente al día de la reunión decía lo siguiente:

«Están aquí todos los chicos. Es curioso que, cuando vuelvo a verles tras una larga separación, siempre me suceda lo mismo: después de observarles cuidadosamente llego a la conclusión de que, en efecto, se parecen mucho a Tyler y a mí. Sin embargo, en la misma medida me resultan extraños, como si se hubieran desvanecido tiempo atrás aquellos niños que crié y a los que conocía tan bien; el encantador Marshall; el inquieto James; Lewis, el solemne; Libby, siempre tan seria, y las dos adorables gemelas, tan iguales, Cynthia y Candace. Aunque suene a extravagancia, parece como si sus nombres hubieran sido adoptados por unos impostores adultos: tal me parecen los que están hoy aquí. Me pregunto si otros

padres pensarán lo mismo de sus hijos cuando son mayores. ¿Pensará Tyler igual? Me gustaría preguntárselo, pero mejor será que no lo haga. Pensaría que es una insensatez por mi parte...».

«La riqueza», solía advertir Tyler a sus hijos, «no os hace mejores que los que no la poseen... salvo que seáis capaces de demostrar que lo sois, y eso espero que tratéis de hacer siempre».

Para lograrlo, Tyler se preocupó de que sus seis hijos tuvieran la educación más cara, ya que no siempre la mejor, que su dinero podía permitirle. Al terminar sus respectivos estudios, cada uno de ellos pasó a ocupar un puesto en Robins Cosmetics, y en ocasiones procuró deliberadamente que se enfrentaran entre sí para ver quién demostraba más capacidad para sucederle cuando se retirara.



Libby, Marshall, Lewis

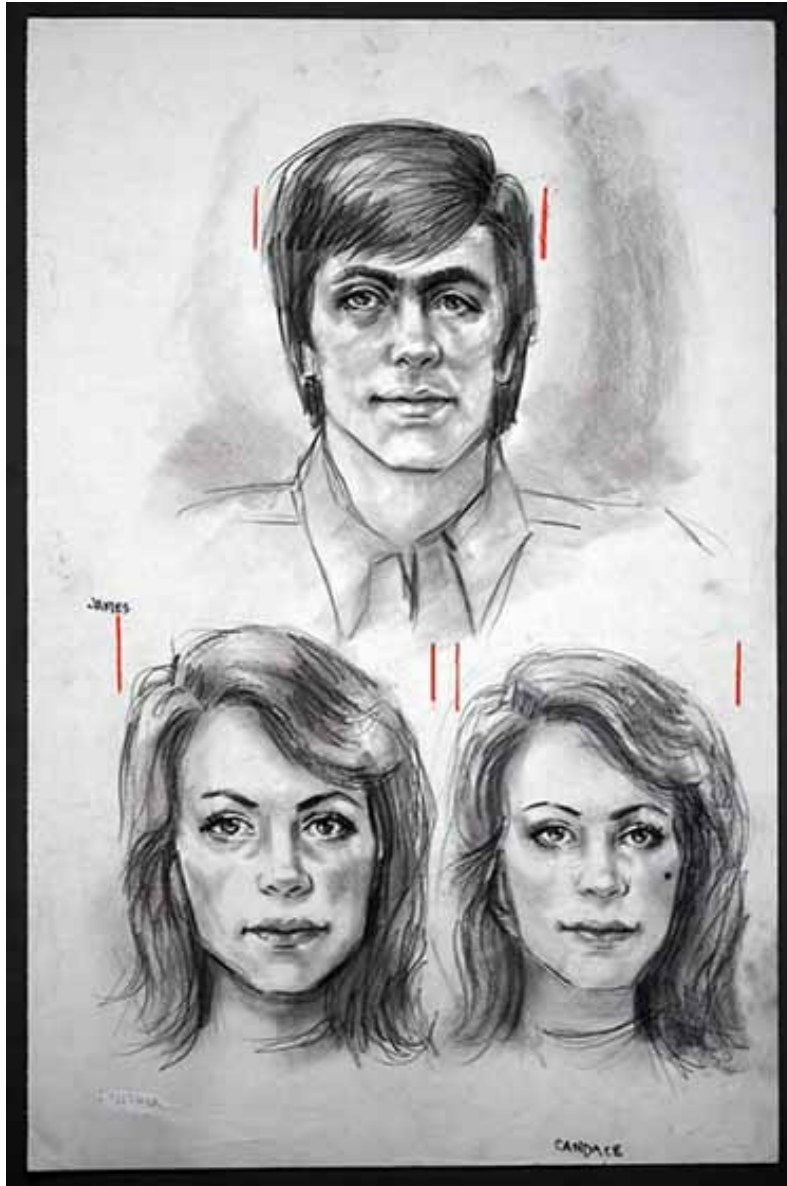
Marshall, el primogénito, de treinta y cuatro años de edad, había sido su gran decepción. Aunque, por una burla del destino, era, entre todos sus hermanos, el que más se parecía a su progenitor, le faltaban el ímpetu, la ambición y la sagacidad de éste. Permaneció soltero hasta que cumplió la treintena. Cuando eligió a la que habría de ser su mujer, su padre aprobó la decisión; en realidad él mismo les había presentado. El matrimonio fue efímero: poco después del nacimiento de su hija, a los dos años de unión, Marshall y Pamela decidieron separarse. Él trabajaba en la sede central de la compañía en Nueva York y pidió el traslado a otro sitio hasta que Pamela y él decidieran si se divorciaban o no. Tyler le nombró director de la oficina de Robins Cosmetics en Los Ángeles.

Libby, la hija mayor de los Robins, dos años menor que Marshall, trabajaba en el laboratorio de la firma en Mercer County, Nueva Jersey, y se ocupaba del desarrollo de nuevos productos. Tenía mucho del distinguido atractivo de su madre. Estaba casada con un diseñador de envases que trabajaba también en el laboratorio y el matrimonio marchaba bien. Libby y su esposo, George Pittman, vivían en una gran casa de estilo colonial en Princeton, Nueva Jersey. No tenían hijos.

El segundo hijo de Tyler y Evelyn, Lewis, contaba treinta y un años de edad y

seguía soltero. Licenciado en Ciencias y en Química, trabajaba en las oficinas de la compañía en Toronto tres días a la semana, y en Nueva York los dos restantes, por lo que viajaba continuamente entre ambas ciudades. Hombre tranquilo e incansable trabajador, tan esbelto como su madre, llevaba una vida más solitaria que los restantes miembros de la ajetreada familia. Ni sus padres ni sus bienintencionados amigos conseguían llevar adelante sus planes casamenteros, ante los que mostraba irreductible resistencia.

El benjamín de los hijos varones, James, contaba veintiséis años cuando se celebró la reunión de Maryland; la personalidad enérgica y agresiva de su padre encontraba mejor reflejo en él que en sus hermanos. Por añadidura, tenía un carácter impulsivo, impaciente, que Tyler confiaba se atemperaría con el paso del tiempo. No intentó, sin embargo, disuadirle en las múltiples ocasiones en que James pidió ser trasladado de una oficina de Robins Cosmetics a otra, hasta el extremo de que, en el plazo de un año, llegó a trabajar en seis distintas. La razón de la inquietud que le acosaba por aquel entonces y que, de ser sabida por su padre, habría dado lugar a la desheredación, era un asunto de faldas: sus relaciones con Carrie, la hija de Alfred y Dorina Wales, pareja que trabajaba con la familia (como mayordomo y ama de llaves, respectivamente) desde la boda de Tyler y Evelyn. Carrie y él habían crecido juntos, tuvieron relaciones y ella abandonó Greenlawn antes de que naciera el fruto de las mismas. Sólo Alfred, Dorina y Evelyn (que se ocupó de asegurar el bienestar económico de la chica) tenían conocimiento de lo sucedido. El mayordomo y su mujer guardaron silencio; no les quedaba otra opción. Cabe en lo posible, sin embargo, que tuvieran la secreta esperanza de verles casados algún día.



James, Cynthia, Candace

En los dos últimos años, James había prestado sus servicios en las oficinas de Robins Cosmetics en París. Hombre moreno y nervioso, se había casado con Geneviève, una belleza francesa de veinte años recién cumplidos. Esperaban su primer hijo para finales de año.

Los últimos miembros de la familia Robins eran las gemelas, Cynthia y Candace, dos guapas chicas de veintitrés años de edad, copia fiel una de otra e inseparables toda su vida. Salvo por el diminuto lunar que Candace tenía en la mejilla izquierda, habría sido casi imposible diferenciarlas. Vivían juntas en un piso londinense y trabajaban en las oficinas británicas de Robins Cosmetics: Cynthia en publicidad, y Candace en relaciones públicas.

A Tyler Robins le encantaba representar el papel de hacendado cuando visitaba Greenlawn. Aquel día estival madrugó, se embutió el pantalón de montar, calzó botas altas y salió a inspeccionar las tierras, los establos, las pistas de tenis y la piscina.

Cuando los ocho miembros de la familia estuvieron reunidos, recorrieron a

caballo las suaves colinas de la lima, jugaron al tenis y chapotearon en el agua.

Por la noche, en la sobremesa, los hijos brindaron con champán por la felicidad de Tyler y Evelyn; Alfred, el mayordomo, las dos chicas que servían la mesa, y Dorina, el ama de llaves que dejó sus tareas para unirse a ellos, aplaudieron cortésmente. Durante la cena, la agradable conversación se había centrado en el largo crucero que Tyler y Evelyn proyectaban emprender la semana siguiente en el yate de la familia. Marshall y las gemelas irían con ellos, junto con otros invitados.

El primer asesinato de la serie de ocho que había de acabar con la familia Robins iba a producirse en dicho crucero.

LAS MUERTES

CAPÍTULO PRIMERO

Pocos días después de la reunión familiar de Maryland, el *Falconer* partió de Honolulu rumbo sudoeste.

La tripulación del yate la componían nueve hombres (incluidos el cocinero y el mayordomo de a bordo) a las órdenes del capitán Ian Sheffield. El barco disponía de diez camarotes para el pasaje; contaba con una pista para jugar al tejo, sobre cubierta, y aparejos para la pesca en alta mar, a popa. El capitán y la tripulación tenían sus alojamientos en el segundo entrepuente.

El puerto de atraque habitual del *Falconer* era Wilmington, en Delaware, pero Tyler había dado instrucciones al capitán para que les esperara en Honolulu, donde embarcarían. Allí estaba, en efecto, cuando Tyler, Evelyn, Marshall, las gemelas y los invitados de Tyler llegaron en avión. Tyler había tenido una idea peregrina: navegar por el Pacífico hasta el atolón de Wake, donde había luchado en la Segunda Guerra Mundial y al que no había vuelto desde entonces.

Los invitados al crucero eran cinco y formaban una curiosa mezcla.

El primero de ellos era Pamela, esposa de Marshall, aunque el matrimonio estaba separado. Su presencia causó la sorpresa lógica. Pamela era una mujer joven que hubiera parecido corriente, pero había sabido crearse con habilidad un cierto aire elegante mediante la inteligente selección del vestuario y los cosméticos.

Tyler aprovechó un aparte para hablar seriamente a Marshall.

—Quiero que des una nueva oportunidad a tu matrimonio, muchacho. Este crucero te la proporcionará y espero que te esfuerces, a ver si entre Pamela y tú podéis llegar a un arreglo. ¿Me entiendes?

Marshall estaba furioso ante lo que consideraba una intromisión de su progenitor en sus asuntos personales, pero asintió sin decir palabra. Sabía que a lo largo de la próxima semana los encuentros con su esposa serían inevitables en un ámbito tan restringido.

No menos sorprendida se quedó Cynthia Robins cuando, precisamente el día señalado para zarpar, vio a Phillip Wingate subir a bordo.

En los últimos meses había salido varias veces con él en Londres y le quería sinceramente. Estaba convencida de que nadie, con excepción de su hermana gemela, conocía su existencia, pero aquí lo tenía, como invitado de su padre.

Phillip Wingate era un joven inglés, fornido, rubio, con un bigote tan rubio como su cabello. Diez años, por lo menos, mayor que Cynthia, era bastante guapo, si no se le miraba muy de cerca. Quien lo hiciera descubriría bajo su epidermis los rasgos apenas insinuados del disoluto.

Se sintió incómodo al comprobar que Cynthia no esperaba verle a bordo. Cuando recibió la invitación de Tyler dio por supuesto que la idea había sido de la muchacha;

sin duda, Cynthia pensaba que ya iba siendo hora de que conociera a su familia. No obstante, acogió el incidente con serenidad y reconoció que Tyler Robins había sido extremadamente atento al invitarle.

Cynthia no pudo hacer más que asentir con un gesto.

La tercera invitada de Tyler era una perfecta desconocida para los miembros de la familia que estaban a bordo: Janice Elgar, viuda de un amigo suyo de Londres, Frederick Elgar. Era una mujer alta, delgada, de cabello negro como el ala de un cuervo, que no parecía mucho mayor que las gemelas Robins.

Los dos invitados restantes eran conocidos por todos.

Paul Bryce, el amistoso competidor de Tyler en el sector de los cosméticos desde hacía largos años, era un hombre jovial, de fuerte constitución física. De la misma edad que Tyler, era presidente del Consejo de Administración de Tiempo Cosmetics. Mostraba grandes deseos de participar en el crucero, ya que eso le permitiría pescar en alta mar, uno de sus deportes favoritos.

El quinto invitado era John Forbes, amigo y médico de la familia desde hacía años. En realidad, Evelyn y él eran novios cuando apareció Tyler Robins, quien volvió loca a la muchacha y se casó con ella, tras lo cual le eligió (era su manera típica de proceder en todas las cosas de la vida) como médico de cabecera. Forbes permanecía soltero y, aunque trataba de ocultar sus sentimientos, estaba claro que seguía enamorado de Evelyn. Los años (contaba sesenta) le habían dado un aspecto distinguido llenando de hebras plateadas su negro cabello, pero dejando terso su rostro, con excepción de unas arrugas en torno a los ojos.

La vida a bordo del *Falconer* tomó un tinte rutinario durante la primera semana de navegación. Apenas cambiaría en los días siguientes.

Cada cual tomaba el desayuno a la hora que le apetecía levantarse. Luego, los hombres probaban suerte por turnos con los aparejos de pesca, y a veces les imitaban las mujeres. Tyler consiguió capturar un pez espada que medía casi un metro y medio; Evelyn enganchó un tiburón y Marshall cobró un pez vela casi tan grande como el logrado por su padre. También jugaban al tejo y tomaban baños de sol por la mañana.

A mediodía se disponía sobre cubierta un *buffet* de estilo sueco que constituía el almuerzo.

Como las tardes eran excesivamente calurosas, casi todos permanecían en sus camarotes o a la sombra del puente.

Las mujeres solían dormir la siesta o se reunían en el camarote de una de ellas para jugar al *gin rummy*. Los hombres, por su parte, dedicaban las tardes a jugar al *póker* en la cámara principal, donde Alfred les servía las bebidas. Aunque el yate contaba con mayordomo, Tyler había decidido que Alfred les acompañara en el crucero.

La cena se servía en la misma cámara y asistían a ella todos los miembros de la familia y sus invitados. Una vez concluida, hacían juegos de palabras o Alfred pasaba

una película con el proyector de a bordo.

El tiempo era excelente. Una tarde, cuando llevaban casi dos semanas de navegación, Candace salió de su camarote y encontró a su madre, sola, en cubierta.

La joven se dejó caer en la tumbona de al lado y le preguntó, dejando escapar un suspiro irritado:

—¿Por qué tiene que hacer así todas las cosas, mamá?

Evelyn dejó a un lado la novela de Agatha Christie que estaba leyendo, se levantó las gafas de sol, colocándoselas sobre la cabeza a modo de diadema, miró a su hija y preguntó amablemente.

—¿Quién hace cómo qué cosas?

Candace movió la mano con gesto impaciente.

—Sabes perfectamente a quién me refiero: a *papá* y su invitación a la pobre Pamela y a Phillip Wingate, sin decir antes una palabra a Marshall, a Cynthia ni a ninguno de nosotros. Pienso que la última persona en el mundo a quien Marshall deseaba ver es a Pamela, sobre todo si tiene que pasarse varias semanas a su lado. También a Cynthia le ha sentado fatal que se haya colocado a Phillip Wingate en una situación tan desagradable.

Evelyn palmeó conciliadora el brazo de su hija.

—Confío en que comprenderás perfectamente por qué les invitó tu padre. Desea que Pamela siga perteneciendo a la familia y —permaneció callada un momento antes de proseguir— saber algo más sobre el señor Wingate.

—¿Cómo supo que existía Phillip Wingate? —preguntó Candace—. La única persona que sabía que salía con Cynthia era yo, y puedo asegurarte que no se lo he dicho a papá.

Evelyn movió la cabeza.

—Hija, ¿cuándo aprenderéis que no podéis tener secretos con vuestro padre, con los medios que tiene a su disposición para averiguarlo todo?

—¿Y los demás invitados? ¿Qué puedes decirme de esa mujer, Janice Elgar? ¿Y por qué ha invitado papá a ese Bryce?

—Te olvidas de John Forbes —dijo Evelyn sonriendo suavemente—. Me atrevería a decir que la respuesta a tus preguntas es que tu padre ha tenido sus razones para invitarles. A cada uno de ellos. Y que, salvo que esté equivocada, antes de que termine el crucero se las explicará a cada uno de los invitados.

En el curso de las siguientes semanas, Tyler Robins daría la razón a su esposa.

En realidad, fue después del asesinato cuando, por diversas fuentes, se tuvo conocimiento de gran parte de lo que ocurrió a bordo durante las semanas de travesía.

Por un lado, estaba el testimonio de Marshall Robins a las preguntas del Servicio de Guardacostas de Estados Unidos, ante el cual declaró algo más tarde.

—Sí —dijo—, es cierto que mi padre insistió una y otra vez en que volviera con Pamela. Por lo que se refiere a la noche en que los demás nos oyeron gritar en el camarote, sí, discutimos acaloradamente. Intenté explicarle que, dijera Pamela lo que

dijera, ella no me *quería*. Se negó a escucharme. Se puso furioso y fue entonces cuando me dijo que si no arreglaba mi situación matrimonial me excluiría de su testamento y dejaría mi parte de herencia a su nieta, mi hija... No, yo no maté a mi padre... No, ignoro quién lo hizo...

Se descubrió además una cinta magnetofónica en la que Tyler recogió subrepticamente cierta conversación que tuvo con Paul Bryce.

TYLER: Paul, tengo un asunto... ejem... bastante delicado que quisiera comentarte.

BRYCE: Adelante, veamos de qué se trata.

TYLER: Se refiere a los tratos que has tenido con Ernest Truax.

BRYCE: ¿Con quién? No sé a qué te refieres...

TYLER: Ernest Truax, mi empleado. Venga, Paul, dejémonos de juegos. Tengo testimonios gráficos y documentos que prueban que pagaste a Truax para que te facilitara información sobre los nuevos productos que ha creado Robins Cosmetics. Contraté a un investigador. Tengo pruebas de lo que has estado haciendo.

BRYCE: No quiero discutir este...

TYLER No hay nada que discutir. Si te llevo ante los tribunales, saldrá todo a relucir; te arruinaré si lo hago, pero te ofrezco otra solución.

BRYCE: Escucha, Tyler, no voy a discutir...

TYLER: La forma idónea de solucionarlo es que me pagues cinco millones, bajo cuerda, claro, y con eso se acabará todo. Tienes dos opciones. Te doy de plazo hasta que acabe el crucero para decidirte por una u otra. Dame tu copa. Tomemos otro trago...

Cierta noche, Evelyn Robins escribió en su diario:

John Forbes acaba de visitarme y me ha contado una extraña y molesta charla que, según él, ha tenido con Tyler. Mi marido le ha dicho que tiene razones para creer que me las entiendo con alguien. El pobre John asegura que se quedó de una pieza... especialmente, dice, cuando Tyler le insinuó maliciosamente que pensaba ¡que era con él, John, con quien tenía mi affaire! Ciertamente, este crucero está resultando muy extraño. ¿Qué pasará?

Tyler Robins dejó inconclusa una carta que estaba escribiendo a su hija Cynthia. No llegó a entregársela. Decía así:

Querida hija:

Me resulta difícil escribir esta carta, y si lo hago es solamente por la gran preocupación que siento por ti y tu felicidad futura. Como puedes adivinar

por lo que digo, me refiero a tu amigo Phillips Wingate. Cuando supe de tu interés por él (no vale la pena que trates de averiguar cómo me enteré), hice que investigaran discretamente sus asuntos y sus antecedentes. Pues bien, aunque la investigación no está terminada todavía, han conocido algunos hechos inquietantes sobre él. Como sabes (no lo ha ocultado), es viudo, y el negocio de antigüedades que lleva en Londres, además de la pequeña finca en la que vive con su hermana, en Meadlands, los heredó de su difunta esposa. Lo que ni tú ni muchos otros sabes es que ella murió en circunstancias bastante misteriosas: una caída inexplicable. Scotland Yard todavía no ha cerrado el caso. Quizá hayas notado que Wingate se pone bastante nervioso y descompuesto cuando estoy presente. Se debe a que he dejado caer unas cuantas insinuaciones, como advirtiéndole que sé más cosas de las que él cree. Hay, además, otra razón para que este crucero le resulte incómodo: Janice Elgar, la mujer que está a bordo. La descubrió el investigador que contraté para que averiguara el pasado de Wingate: su difunta esposa era tía de Janice. Ella sospecha que Wingate pudo tener algo que ver con su muerte. Él no la ha reconocido todavía, porque Janice era una jovencita la última vez que se vieron. Quizá hayas observado, sin embargo, que encuentra algo en Janice que le intriga. Sí, estoy jugando al gato y el ratón con él y... lo sabe. Si es inocente, si no ha hecho nada malo, bien, nadie habrá sufrido daños. Pero, si descubro algo, todo lo que puedo decir es ¡que Dios le pille confesado! Espero recibir más noticias de Londres sobre él dentro de unos días, por la radio de a bordo. Cuando termine esta carta y te la entregue...

Se contaba, además, con la declaración de Alfred, el mayordomo de los Robins, que depuso tiempo después ante el Servicio de Guardacostas:

—Sí, es cierto que el señor Tyler Robins tuvo un altercado con el capitán Sheffield, el cocinero y el mayordomo del *Falconer*. Tenía que ver con una caja de *whisky* que había desaparecido del pañol del yate. Fui yo quien advirtió la falta y dio cuenta inmediata al señor Robins. Llamó entonces a los tres (los únicos, aparte de mí, que tenían las llaves del pañol) y les preguntó: los tres dijeron que no tenían ni idea del paradero. Sí, sí, discutieron acaloradamente los cuatro. El señor Robins amenazó con despedirlos a todos en cuanto terminara el crucero, a menos que averiguara antes quién se había llevado el *whisky*... Sí, yo diría que había resentimientos entre los cuatro a partir de entonces, es decir, entre el capitán Sheffield, Arturo, el cocinero, Percival, el mayordomo de a bordo, y el señor Robins...

Todos estos incidentes, de los que había constancia escrita o grabada, se produjeron en el *Falconer* antes del día fatal, que, al contrario de los precedentes a todo lo largo de la travesía, amaneció oscuro y tormentoso.

Llovía intensamente y la mar se iba picando cada vez más, como si los elementos preparasen el decorado para el drama mortal que se cernía sobre el barco.

Casi todo el pasaje permaneció recluido en sus camarotes hasta después de la hora en que cada uno acostumbraba desayunar en la cámara principal. Luego, la mayoría se quedó en ella, comentando el tiempo y dándose mutuos ánimos.

Tyler Robins fue la excepción que confirmó la regla. Se levantó al amanecer, tomó un desayuno ligero y subió al puente, donde estuvo cambiando impresiones sobre la tormenta con el capitán.

—Por ahora no tenemos dificultades —le informó el capitán Sheffield—. Pero, a juzgar por los boletines meteorológicos que estamos recibiendo, el temporal empeorará antes de que consigamos atravesarlo.

Tyler llevó la noticia a los que permanecían en la cámara, aunque trató de animarles.

—El *Falconer* es un barco muy marinerero. No hay por qué preocuparse.

Propuso a Alfred que proyectase una película, y los demás se acomodaron para verla.

Tyler se pasó la mañana entre el puente, la cámara y su camarote.

Solía escribir un cuaderno de bitácora en el que reflejaba las incidencias del viaje; en algún momento, antes del mediodía, escribió:

«Jueves. Fuerte temporal. El capitán dice que no hay peligro, pero que tenemos mar gruesa a proa. Hasta el momento, todo el mundo lo está soportando bien...».

A mediodía se sirvió un almuerzo ligero en la cámara principal, en el que participó todo el pasaje. A su conclusión, Tyler sugirió una partida de *póker*, como de costumbre. Las mujeres se retiraron a sus camarotes, a leer o jugar al *gin rummy*.

Alfred llevó a media tarde una bandeja con bebidas que distribuyó en torno a la mesa. Llevó también una caja de puros. Más adelante, recordaría que Tyler y Paul Bryce tomaron zumo de naranja y champaña; Marshall pidió un combinado; el doctor Forbes eligió un *Bloody Mary*, y Phillip Wingate vodka con tónica.

No había pasado una hora cuando Tyler dijo que se encontraba mal. Aunque siguió jugando un rato, no tardó en presentársele un sudor frío que le hizo abandonar la mesa, tambaleándose.

El doctor Forbes, preocupado, le acompañó a su camarote e hizo que se tumbara en la litera. Tyler se quejaba de agudos dolores en el estómago y estaba febril. El médico le puso el termómetro y le tomó el pulso; la temperatura era alta y el ritmo cardíaco estaba alterado. Forbes le recomendó que descansara un rato; él volvería pronto. Se apresuró a informar a Evelyn sobre el estado de su esposo.

La mujer se dirigió al camarote de su marido y se quedó a su lado.

Poco tiempo después, también Paul Bryce dijo que no se encontraba bien y el doctor Forbes confirmó que sus síntomas eran idénticos a los de Tyler. Como a éste, le aconsejó que se acostara un rato. En opinión del médico, el zumo de naranja y el champán debía haberles sentado mal.

El temporal arreciaba. El *Falconer* saltaba como una cáscara de nuez en una torrentera. Repentinamente, el doctor Forbes tuvo que hacer frente a nuevos casos, y precisó dedicar especial atención a Candace y Pamela.

Cuando encontró un momento libre para atender de nuevo a Bryce y Tyler, comprobó que ambos se encontraban mejor. Evelyn, que seguía haciendo compañía a su marido, le preguntó si podría darle un sedante que le ayudara a dormir un poco. Forbes respondió que no le haría daño alguno, y ambos salieron juntos, dirigiéndose a la cocina. El médico preparó una pócima para el enfermo.

Tras dejar allí al doctor Forbes, Evelyn regresaba al camarote de su marido cuando se encontró con Alfred. Le explicó que también ella empezaba a sentirse mareada y le pidió que llevara el brebaje; luego se encaminó a su propio camarote.

Dos horas más tarde, cuando el temporal estaba amainando, Evelyn trató de hablar con su marido por el interfono, pero no obtuvo respuesta. Lo intentó varias veces, infructuosamente. Se dirigió entonces al camarote de Tyler, pero halló la puerta cerrada (las de todos los camarotes se cerraban por dentro con un pestillo de resbalón). Sus repetidas llamadas no obtuvieron respuesta.

Por el interfono del pasillo llamó a Alfred y le dio instrucciones para que buscara a su marido por el barco. Esperaría allí, a la puerta del camarote, a que le llevara noticias.

Alfred regresó bastante después y le comunicó que no había conseguido localizar a Tyler.

—Está bien —dijo Evelyn—. Vaya a buscar al capitán y dígame que tenemos que abrir la puerta de este camarote. Alfred —le advirtió—, no diga una palabra a los demás. No hay razón para que cunda la alarma de momento.

Cuando volvió Alfred, le acompañaban el capitán Sheffield y dos tripulantes que portaban herramientas.

Los marineros desmontaron las bisagras de la puerta, que estaban por la parte exterior, para lo cual tuvieron necesidad de utilizar alicates, martillo y cincel, además de una palanca. Deslizaron la puerta para liberar el resbalón interior.

Evelyn, el capitán Sheffield, los dos tripulantes y Alfred permanecieron indecisos ante la puerta franqueada, contemplando un momento el interior del camarote. A primera vista, todo parecía en orden. De repente, Evelyn dejó escapar un grito ahogado y señaló un punto determinado. El cuerpo de Tyler Robins apareció tendido en el suelo, frente a su escritorio, al otro lado del camarote. Estaba tumbado de espaldas, con el costado derecho en dirección a la puerta.

—¡Oh! —musitó Evelyn con voz casi inaudible, y entró corriendo en el camarote. En su apresuramiento, se pisó el borde del largo caftán flotante que vestía y estuvo a punto de perder el equilibrio antes de cruzar hasta donde estaba el cuerpo de su marido, sobre el cual se dejó caer. Los hombres se quedaron inmóviles a la puerta.

—¡Oh! ¡Oh! —gritó Evelyn de nuevo—. ¡Le han apuñalado!

Al apartarse, levantó el hombro izquierdo de Tyler. Justo por debajo de la axila,

en el costado, sobresalía el mango de un cuchillo. La mujer dejó descender el hombro suavemente.

—¡Que venga el doctor Forbes! ¡Aprisa! —gritó, arrodillada junto al cuerpo de su marido.

Uno de los marineros hizo intención de entrar en el camarote; el capitán Sheffield le detuvo con un gesto.

—Creo que es mejor que no entremos hasta que venga el doctor —dijo.



No tardó en llegar Forbes acompañando a Alfred, que había ido en su busca. Llevaba en la mano el maletín negro. Evelyn seguía arrodillada, sin moverse, y se vio precisado a apartarla.

—Déjame echar un vistazo —dijo.

Mientras sacaba el estetoscopio del maletín con una mano, intentó tomar el pulso de Tyler con la otra. Seguidamente le auscultó durante largo tiempo, le abrió los párpados y, todavía en cuclillas, miró a Evelyn y movió la cabeza; se volvió luego a los que estaban apiñados ante la puerta y repitió el gesto.

—¿Está...? ¿Está...? —Evelyn trató de hablar con un soplo de voz.

—Está muerto —dijo el doctor Forbes.

—¡Alguien le ha matado! —exclamó Evelyn que parecía sufrir un *shock*.

—Así parece —afirmó el médico moviendo la cabeza para apoyar sus palabras. Hizo intención de ayudar a la mujer a levantarse.

—¡Aguarde! —dijo el capitán Sheffield avanzando un paso—. No lo entiendo. ¿Cómo han podido matarle? La puerta de su camarote estaba cerrada con pestillo por dentro. Tuvimos que desmontar las bisagras para sacarla —señaló a las portillas—. Además, aunque los ojos de buey son bastante grandes para que alguien se deslice por ellos desde fuera, pueden ver que también están afirmados por el interior.

Todos miraron en torno. Como habían advertido antes, el camarote parecía perfectamente ordenado. La litera estaba hecha, aunque la colcha mostraba una ligera depresión donde Tyler había descansado cuando se sintió indispuerto. Sobre la mesa, junto al lecho, se veían siete u ocho libros perfectamente apilados, el vaso que Alfred llevó al camarote con el sedante, una caja de puros, un cenicero y un encendedor. Había también una cómoda adosada a la pared con todos los cajones cerrados y un enorme cofre marinero al pie de la litera.

Lo único que mostraba cierto desorden era el escritorio, donde, al parecer, Tyler había estado trabajando justo antes de morir. El tintero estaba volcado, su contenido había cruzado la tapa de la mesa y goteado al suelo; cerca del cuerpo caído estaba la pluma. El cuaderno de bitácora de Tyler estaba abierto y se podían leer las que, sin duda, fueron sus últimas palabras: «Miércoles. Acabamos de cr...». Aquí las letras se desvanecían.

Había, naturalmente, otro elemento discordante en el camarote: el cuchillo que sobresalía del costado de Tyler Robins. Todos lo habían reconocido: era el que usaban los pescadores; que solía estar junto al aparejo, a popa del yate.

Fue el doctor Forbes quien respondió, tras largo silencio, a la pregunta del capitán Sheffield.

—No conozco la respuesta a lo que ha pasado aquí. Eso tendrá que esperar. Por el momento, hemos de comunicar a los demás lo que ha sucedido.

Evelyn se mostró de acuerdo y, aunque apenas se sostenía en pie, insistió en ser ella la que informara a la familia y los restantes pasajeros, y pidió al capitán que lo comunicara a la tripulación. Forbes cubrió el cuerpo con una sábana y el capitán Sheffield ordenó a sus hombres que repusieran la puerta del camarote en sus bisagras.

Más adelante, todas las personas que se encontraban a bordo del *Falconer* describieron como «un puro infierno» la noche que siguió.

El choque producido por la muerte de Tyler Robins y la certeza de que había un asesino a bordo hubieran sido emociones más que suficientes, pero la tormenta vino a empeorar aún más las cosas. El viento ululaba, la cegadora lluvia lo inundaba todo y enormes olas rompían sobre la cubierta del yate. El *Falconer* cabeceaba y parecía incapaz de maniobrar en medio de aquella mar gruesa que lo hacía balancearse. La radio y el sistema eléctrico estaban averiados. Los pasajeros se agruparon en la cámara, escasamente alumbrada con la temblorosa luz de las velas y lámparas de

petróleo, temerosos de que, en cualquier momento, el *Falconer* se fuera a pique.

Al amanecer, la tormenta fue alejándose, dejando el cielo gris y la mar ligeramente picada. Tras la terrible experiencia, todos exhalaban un suspiro de alivio. Mas el destino les reservaba una sorpresa más.

El capitán Sheffield, que se pasó la mañana revisando los daños que la tormenta hubiera podido causar en el barco, hizo un nuevo y aterrador descubrimiento: en algún momento, en medio de la noche y el temporal, el cadáver de Tyler Robins, envuelto en la sábana que le servía de sudario, había desaparecido del camarote. Una de las portillas estaba abierta. Fuera, la caída al mar era a plomo.

Pocas horas después del descubrimiento de la desaparición del cuerpo de Tyler Robins se consiguió restablecer la electricidad en el *Falconer*. Evelyn llamó inmediatamente por radio al abogado de la familia, Julián Shields, que se encontraba en Nueva York. Le informó de las circunstancias en que se había producido la muerte de su esposo y de la desaparición del cadáver; le pidió que tomara el avión para dirigirse al atolón de Wake, de forma que estuviera allí para recibir al *Falconer*. Le rogó así mismo que se hiciera acompañar por el investigador privado que había trabajado anteriormente para su marido.

Los dos hombres, Julián Shields y B. J. Grieg, el investigador, volaron al atolón de Wake como les habían pedido, y estaban en el muelle cuando el *Falconer* dio por terminado su accidentada travesía y llegó a puerto. Antes de que los pasajeros y tripulantes pudieran abandonar el yate, ambos subieron a bordo.

Evelyn contrató a Grieg para que investigara a fondo la muerte de su marido y el paradero de su cuerpo.

—Señor Grieg —le expuso—, no me importa lo que cueste ni el tiempo que haya de tomarse, pero quiero que resuelva el caso.

El investigador era un hombre que frisaba los cuarenta años; de mediana estatura, casi rechoncho, aspecto anguloso, cutis tenso en las mejillas y ojos fríos que no parpadeaban, daba la impresión de que le habían cosido al cuerpo la ropa que vestía.

La primera medida que adoptó fue revisar a fondo el barco, de proa a popa, del puente a la sentina. Quería asegurarse de que el cadáver no había sido escondido en algún lugar del yate. La búsqueda no dio resultados. Por otra parte, nadie podía haber sacado el cuerpo después de atracar el buque, porque la petición de Evelyn de que todo el mundo permaneciera a bordo del *Falconer* hasta que el investigador lo revisara y pudiera interrogar a cuantos participaron en el crucero había sido obedecida.

Grieg llevó a cabo el interrogatorio de pasajeros y tripulantes en la cámara principal. Habló con cada uno de ellos por separado, privadamente. Formuló las mismas preguntas a cada uno, pasajero o miembro de la tripulación. Cuatro preguntas, concretamente:

—¿Vio a Tyler Robins, o habló con él, en algún momento el día de su muerte?

—¿Dónde estaba usted cuando supo que había muerto?

—¿Entró en el camarote de Tyler Robins por alguna razón la tarde o noche siguientes a su muerte?

—¿Sabe de alguien que pudiera haberle matado?

Tenía pensado seguir interrogando a los relacionados con el caso, pero tras haberse entrevistado con todos ellos, autorizó a pasajeros y tripulantes a bajar a tierra.

Evelyn no había hecho mención alguna a la grabación magnetofónica que Tyler obtuvo de su conversación con Paul Bryce. Deseaba aguardar a que se solucionaran otras cuestiones antes de adoptar una decisión. Había encontrado la grabación y la carta inacabada de Tyler a Cynthia antes de que el *Falconer* arribara al atolón de Wake.

Entregó la carta a su destinataria. La joven se limitó a encogerse de hombros cuando la leyó.

—Phillip ya me había contado la trágica muerte de su mujer. Un accidente, eso fue. Papá se pasaba en su afán protector hacia mí. La carta no altera en absoluto mis sentimientos por Phillip.

El término del desafortunado viaje no supuso el fin de la pesadilla que la muerte de Tyler Robins había significado para su familia.

Cuando Evelyn, Marshall, Candace y Cynthia, tras un rápido viaje en avión, llegaron a la finca de la familia en Maryland, ya estaban allí, procedentes de París, James Robins y su esposa Geneviève. Les esperaban, además, Libby y Lewis, de manera que todos los miembros supervivientes de la familia Robins se reunieron, una vez más, en Greenlawn.

Ocioso es decir que hubo prolongadas discusiones familiares sobre el asesinato de Tyler Robins y la extraña desaparición de su cadáver. Invitados por Evelyn, participaron en los coloquios Julián Shields y B. J. Grieg.

Durante ellos, Shields, el abogado, solía actuar como mediador entre los miembros de la familia (casi todos los cuales sustentaban una u otra teoría), así como entre ellos y el investigador privado, a quien todos reconocían su autoridad en el caso.

Julián Shields estaba plenamente capacitado para el papel que debía desempeñar en tales debates. Era un hombre alto, delgado, de aspecto intelectual, que rondaba los sesenta años; pero, sobre todo, era tranquilo, reflexivo, juicioso en sus exposiciones y sensible a los sentimientos de todos ellos.

En el curso de una de aquellas discusiones, James Robins, furioso, espetó a su hermano Marshall:

—Según me han informado, todo el mundo a bordo del *Falconer* conocía la tensión existente. Tú eras el único de los varones que estaba allí. ¿Por qué... por qué no hiciste algo para protegerle?

La respuesta de Marshall no fue menos apasionada.

—Yo quería a papá tanto como tú. Siempre había tensión a su alrededor, era algo consustancial con él. ¿Cómo iba a saber que alguien intentaría matarle? ¿Cómo podía

saberlo?

Julián Shield intervino conciliador.

—¡Vamos, por favor! No es necesario que os peleéis a gritos. Eso sólo sirve para aumentar la tristeza que a todos nos ha producido la tragedia.

Antes de proseguir, aguardó a que los hermanos consideraran sus palabras y se calmarán.

—Creo que nos resultaría más constructivo escuchar la opinión del señor Grieg.

—Sí —dijo Evelyn con suavidad—. Creo que tienes razón, Julián.

Todos los ojos se volvieron al investigador privado cuando éste dijo que sólo había podido establecer una teoría, basada en el examen del barco y en el interrogatorio, incompleto aún, de quienes estaban a bordo, para explicar el crimen.

—Sabemos que, cuando se descubrió el cuerpo, el camarote estaba cerrado por dentro con el pestillo; también estaban cerrados los ojos de buey, igualmente por dentro. Opino que se pasó por alto el hecho más evidente: cuando desmontaron la puerta, sacándola de sus bisagras, *el asesino tenía que estar todavía dentro, escondido en algún sitio*. El escondite más probable sería el enorme cofre al pie de la litera.

—A ninguno se nos ocurrió mirar allí —dijo Marshall

—¡Exactamente! —asintió Grey—. Con ello contaría el asesino. A nadie se le ocurriría pensar tal cosa en medio del revuelo que se produciría cuando se descubriera el cuerpo de Tyler Robins. Más tarde, una vez repuesta la puerta, habida cuenta de la confusión reinante, el asesino pudo salir del cofre y ocupar su sitio entre las demás personas a bordo sin ser advertido.

Evelyn asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí, supongo que pudo hacerlo.

—Parece la explicación más lógica —prosiguió Grieg. Hizo una pausa antes de añadir—: En cuanto a la forma de hacer desaparecer el cuerpo, resultaría bastante sencillo: cualquiera pudo deslizarse al interior del camarote durante la tormenta, estando todo a oscuras, y sacarlo de allí.

Permaneció silencioso unos instantes, con el ceño fruncido.

—Sólo puedo hacer conjeturas sobre las razones que impulsaron al asesino a deshacerse del cadáver. Me imagino que tuvo miedo de que pudiera quedar alguna prueba de su culpabilidad en él, o quizás en el cuchillo.

—Quisiera preguntar algo —intervino Julián Shields—. Cuando habló usted con los pasajeros y tripulantes del *Falconer* el día en que subió a bordo en Wake, ¿pudo demostrar cada cual dónde se encontraba en el momento en que se halló el cuerpo en el camarote?

—Sí —Grieg frunció el ceño una vez más—, todo el mundo *me dijo* dónde se hallaba en aquel momento. Pero no todos pudieron demostrar que sus palabras fueran verdad. Dicho de otro modo: no tenían testigos que pudieran corroborarlas o establecer su paradero preciso en aquel momento.

—¿Cuántos fueron éstos? —preguntó Shields.

—Pues tres o cuatro pasajeros y tal vez la mitad de la tripulación —replicó el investigador.

—Por tanto —insistió Shields—, posiblemente uno de ellos es el asesino.

Grieg asintió con lento movimiento de la cabeza.

—Sí, en el caso de que mi teoría sea correcta —alzó la mano para subrayar sus dudas—. Pero el hecho de que alguna de las personas que se encontraban a bordo no pueda presentar quien testifique su paradero en aquellos momentos no la convierte necesariamente en el principal sospechoso. Déjenme que les ponga un ejemplo.

Hizo una pausa antes de proseguir.

—Tomemos, por ejemplo, el caso del señor Wingate. Fue uno de los últimos en conocer la muerte del señor Robins porque no estaba en su camarote cuando la señora Robins fue a informar a los pasajeros sobre la tragedia que acababa de suceder. Sin embargo, dice que se dirigía al camarote de Janice Elgar, precisamente en aquellos momentos, para hablar con ella, pero que tuvo que esperarla porque no había nadie. Bien, en aquel momento ella *no estaba* en su camarote porque se encontraba en otro, con la señorita Candace Robins. En consecuencia, la declaración de la señorita Elgar confirma, por eliminación, la del señor Wingate.

El investigador terminó su exposición afirmando que proyectaba seguir sus averiguaciones interrogando de nuevo a cuantos se encontraban a bordo.

Varios días después de ese intercambio de impresiones en Greenlawn, el Servicio de Guardacostas (al que correspondía la investigación de los delitos cometidos a bordo de buques de bandera estadounidense) hizo una investigación sobre el asesinato de Tyler Robins. Como el *Falconer* estaba registrado en Wilmington, se llevó a cabo en Filadelfia. Tras escuchar los testimonios y estudiar todas las pruebas, el comité investigador llegó a la siguiente conclusión: «Tyler Robins murió a manos de persona o personas desconocidas...».

CAPÍTULO 2

Durante las semanas que siguieron a las pesquisas del Servicio de Guardacostas sobre la muerte de Tyler Robins, la necesidad de descubrir al asesino de su padre se convirtió en obsesiva para James, al extremo de obligarle a forjar un plan para desenmascararle.

Subía, sin embargo, que habría de aguardar hasta que se presentara una ocasión propicia.

Entretanto, otros asuntos familiares requerían su atención, tales como la lectura del testamento de su padre, que tendría lugar en el bufete de Julián Shields en Manhattan.

Fue un momento triste y lleno de incertidumbre; triste, a causa de la muerte violenta de Tyler Robins, que aquel acto contribuía a recordar; lleno de incertidumbre, por la imprevisibilidad conocida de su carácter. Estaban todos presentes: Evelyn, vistiendo de luto, con John Forbes a su lado para prestarle apoyo y darle ánimos; Marshall, James, Lewis, Libby, Candace y Cynthia.

Ninguno sabía lo que le reservaba el destino, pero el resultado no sorprendió a nadie: según su última voluntad, Tyler dejaba sus bienes, incluida Robins Cosmetics, a su esposa y los seis hijos de ambos, por lo que el patrimonio debía dividirse en siete partes iguales.

Hacía constar en el testamento que, como no había decidido aún quién le sustituiría al frente de la empresa, tendría plenos poderes a su esposa para que la dirigiera durante un año, con la ayuda de todos sus hijos, desde luego. Concluido dicho período, en el cual debían decidir quién estaba mal capacitado para llevar adelante Robins Cosmetics, elegirían los siete por votación al nuevo presidente y director general.

Si alguno de los presentes se sintió decepcionado porque no se hubieran puesto en sus manos las riendas del negocio supo ocultarlo.

Tampoco hicieron comentario alguno sobre la enorme suerte de Marshall que, a pesar de las amenazas de Tyler, no había sido desheredado. Y aunque la primera reacción de Evelyn al conocer su designación para dirigir la empresa fue de incredulidad, se recuperó de inmediato, dejando en todos la impresión de que era perfectamente capaz de hacerlo.

Varios días más tarde se celebró el funeral por el alma de Tyler Robins. George Pittman, el marido de Libby, se ocupó de todo, incluso de proyectar y construir el enorme mausoleo de mármol en honor del fallecido. El día del funeral se procedió a descubrir el monumento funerario en los terrenos propiedad de la familia en el pequeño cementerio del valle Green Spring, en Maryland, situado no lejos de la finca, en presencia de un nutrido grupo de amigos y conocidos de Tyler. Después del

servicio, la mayoría acudieron a la casa de Greenlawn como invitados.

En el curso de las últimas semanas, mientras se producían los acontecimientos descritos, James Robins había estado madurando su plan para descubrir la identidad del asesino de su padre. Decidió que ése era el momento apropiado, ya que todos los participantes en el crucero (el asesino entre ellos) se encontraban presentes. No sólo habían acudido todos los pasajeros del *Falconer*, sino también el capitán Sheffield y la tripulación del yate al completo.

Para que el plan diera los resultados apetecidos, James debía contar con la presencia de todo el pasaje, el capitán Sheffield y dos tripulantes en especial: Arturo, el cocinero, y Percival, el mayordomo de a bordo, que habían tenido el altercado con Tyler el día de su asesinato. James ya había desarrollado para entonces su propia teoría acerca de quién era el asesino, y sólo le faltaba obligarle a descubrir sus cartas.

Con esta intención, se las arregló para reunir en la biblioteca, a últimas horas de la tarde, a todos los que, razonablemente, consideraba sospechosos. Adujo como pretexto el deseo de pronunciar unas palabras en memoria de su padre.

La biblioteca de los Robins era una inmensa habitación, casi una nave catedralicia, con tres de sus lados revestidos con librerías encristaladas que llegaban hasta el techo. La cuarta pared tenía dos ventanales y, entre ambos, el armero, igualmente con puertas de cristales, donde se guardaba la colección de armas de Tyler Robins: escopetas, fusiles, pistolas y un antiguo mosquete. El resto de la pared estaba cubierto con litografías enmarcadas de tema venatorio. Una gruesa alfombra cubría el suelo de pared a pared. El centro de la habitación lo ocupaba una mesa redonda, enorme, de roble, rodeada de sillones de cuero; había otros sillones iguales colocados delante de las librerías. Directamente encima de la mesa, pendiente del techo, había una lámpara de cristal. Tyler Robins había hecho proyectar y construir la biblioteca con la vista puesta en su uso como sala de juntas cuando hubiera de celebrar reuniones de negocios en Greenlawn.

Una vez que estuvieron congregados todos, James les dejó que deambularan por la biblioteca e hizo que Alfred sirviera unas bebidas para que se sintieran cómodos, antes de revelarles la verdadera razón que le había inducido a reunirles.

Finalmente, cuando todos estuvieron servidos, les invitó a ocupar sus asientos alrededor de la mesa. Él permaneció en pie, con las manos a la espalda, ante la silla que había elegido. Afuera era ya de noche; la habitación estaba alumbrada por la lámpara de techo.

—Les agradezco que se hayan reunido conmigo —dijo James, aún de pie—. Como les dije, quisiera pronunciar unas palabras a la memoria de mi padre.

Hizo una pausa sonriendo débilmente, se apartó de la mesa y dirigió sus pasos al encristalado armero adosado a la pared. Lo abrió, tomó un revólver, volvió la cabeza hacia los reunidos, y añadió:

—Aquí guardaba mi padre sus armas; bien engrasadas y cargadas todas ellas, según he podido comprobar estos días.

Cerró el armero y volvió a la mesa llevando el revólver en la mano. Ocupó el asiento que había elegido y, con deliberada lentitud de movimientos, depositó el arma sobre la mesa, frente a él.

—En realidad —sonrió débilmente de nuevo—, cuando les informé que deseaba decir algo en recuerdo de mi padre debí aclarar, para hablar con exactitud, que sería en recuerdo de su asesinato, porque es de eso de lo que vamos a charlar.

Se inclinó hacia delante y tocó el revólver.

—Y pretendo obtener la respuesta, ahora mismo.

Hubo cierta agitación entre los presentes y se oyeron algunas exclamaciones de protesta.

James hizo una pausa; miró uno tras otro los rostros de los congregados alrededor de la mesa y (no había sitio para todos) los de quienes se habían sentado inmediatamente detrás.

Junto a él se encontraba su madre. Julián Shields había tomado una silla y estaba sentado detrás de Evelyn. A su lado se acomodaba el doctor John Forbes. Las dos sillas siguientes las ocupaban Cynthia y Candace, las gemelas, a las que seguía Phillip Wingate. La hermana de éste, Ava, llegada de Inglaterra con él, había colocado la silla detrás de la suya. Luego, siguiendo el mismo orden, alrededor de la mesa se hallaban Marshall, Janice Ligar, Pamela Robins (separada aún de su marido), Paul Bryce, Alfred y el capitán Ian Sheffield. Los dos tripulantes del yate, Arturo y Percival, ocupaban sus asientos detrás del capitán. También el investigador privado, B. J. Grieg, se encontraba presente, pero la silla que ocupaba seguía junto a la librería, como si quisiera mantenerse al margen de la investigación (en realidad, no la aprobó cuando James le confió sus intenciones). James no había invitado a sus otros dos hermanos, Lewis y Libby, aunque ambos se encontraban en Greenlawn.

El plan de James era conocido por su madre y por Julián Shields (que trataron, infructuosamente, de disuadirle cuando se lo comunicó), así como por el mayordomo, Alfred, y su esposa Dorina, pues necesitaba su ayuda.

El plan era muy sencillo: alguno de los reunidos era el asesino de su padre, y en un momento determinado James anunciaría que iba a pronunciar su nombre. En ese instante, Alfred oprimiría disimuladamente un pulsador situado debajo de la mesa que haría sonar un zumbador en la cocina, dando así la señal a Dorina, su mujer, para que cortara la corriente de la biblioteca. Ella esperaba la orden junto a la caja de fusibles. El revólver que James había tomado del armero, ahora depositado sobre la mesa frente a él, estaba cargado en realidad con balas de fogeo. Parecía lógico que, cuando se apagarán las luces, el culpable (temeroso de ser descubierto) se precipitaría sobre el arma y haría fuego contra él (James se había situado frente a una ventana de forma que presentara una silueta bien definida). El culpable, hombre o mujer, no sabía que su disparo sería inofensivo. Tan pronto como se produjera la detonación, Alfred daría una nueva señal a Dorina, que restablecería la corriente de la biblioteca. El asesino de Tyler Robins (frustrado asesino del propio James) sería sorprendido con

el arma en la mano.

James volvió a mirar en torno, lentamente, y dijo:

—Voy a decir el nombre del asesino de mi padre, que evidentemente se encuentra aquí entre nosotros, y aportaré las pruebas de su crimen.

Observó que Alfred alargaba la mano bajo la mesa en busca del pulsador, una fracción de segundo antes de que se apagarán las luces y la biblioteca quedara en la oscuridad, sólo atenuada por la ligera claridad que entraba por las ventanas.

En la penumbra se produjo un momento de confusión; se oyeron varios gritos de alarma y ruido de sillas que caían aquí y allá.

James, con todos los sentidos en tensión, se inclinó hacia delante en la oscuridad y colocó las yemas de los dedos en la contera de la culata del revólver situado sobre la mesa. Nada ocurrió durante unos segundos, pero de repente notó con satisfacción cómo el arma se deslizaba lentamente, alejándose de él.

Instantes después (que en la oscuridad parecieron más largos de lo que habían sido en realidad) sonó un disparo. La confusión y los gritos subieron de tono, que se agudizaron cuando, de repente, volvió la luz con brillo cegador y todos pudieron ver a James caído de costado en su silla, con un orificio de bala en la frente.

El doctor Forbes se precipitó hacia él y le tomó el pulso; luego, movió la cabeza tristemente.

—¡James! ¿Está muerto? —sonó el grito ahogado de Evelyn.

—¡Miren! ¡Miren! —gritó Paul Bryce señalando el lado de la mesa opuesto a James—. ¡El mayordomo! ¡Ha sido el mayordomo!

Todos los ojos se volvieron hacia donde indicaba Bryce.

Alfred Wales estaba de pie al lado de la mesa, entre dos sillas, y sostenía por el cañón el revólver que antes estaba sobre la mesa.

—¡No! ¡No! —gritó retrocediendo unos pasos—. ¡Se equivoca!

—¡Ha sido él! —insistió Bryce—. Aún tiene el arma en la mano.

El mayordomo miró en torno, acosado.

—¡Le digo que se equivoca! —repitió moviendo desesperadamente la cabeza—. Cuando se fue la luz yo tenía la mano sobre la mesa y alguien, en la oscuridad, empujó el arma hacia mí. Pensé que era el señor James y la tomé. Yo la tenía en la mano, pero no disparé. Alguien que está en esta habitación y tiene un arma fue quien lo hizo.



Varias personas se dirigían a la puerta.

—¡Deténganse! —gritó Julián Shields con presteza—. Nadie debe salir de este lugar.

Shields miró a B. J. Grieg, el investigador privado.

—¡Señor Grieg —le dijo—, guarde la puerta!

El aludido se dirigió rápidamente al lugar indicado y se situó de espaldas a la puerta cerrada.

Seguidamente, Shields se volvió a Marshall.

—Marshall —dijo—, llama a la policía. Infórmales de lo sucedido y diles que vengan enseguida.

El hermano del muerto se apresuró a descolgar el teléfono que estaba sobre una mesita junto al ventanal.

El abogado rodeó la mesa y se acercó al mayordomo.

—Bien, veamos ahora. Si el arma que James depositó sobre la mesa es ésta, no había podido matarle aunque le hubieran disparado con ella. Alfred, entregue el revólver al señor Grieg para que lo revise.

Alfred atravesó el salón sin decir palabra y entregó el arma al investigador privado. Éste abrió el tambor.

—Solamente hay un cartucho, y no ha sido disparado —dijo categórico. Se acercó el cañón a la nariz y añadió. Este revólver no ha sido disparado. A James Robins le han matado con un arma distinta.

—La policía está en Camino —anunció Marshall en voz alta colgando el teléfono—. Dicen que no toquemos nada de la habitación hasta que lleguen.

—Sugiero que nos sentemos y conservemos la calma —dijo Julián Shields.

Levantaron las sillas caídas y todos, excepto Grieg, que se quedó junto a la puerta, ocuparon de nuevo sus sitios en torno a la mesa. Sólo entonces descubrieron que una de las sillas permanecía vacía: era la que había ocupado Percival, el mayordomo del vate. No estaba en la biblioteca, y en ella no había sitio para esconderse.

—Ha tenido que deslizarse por la puerta —dijo Shields— en medio de la confusión que produjo el disparo.

—Entonces ya estará muy lejos de aquí —dijo Grieg alzando la voz—. Tendremos que dejar a la policía la tarea de detenerle.

Se hizo el silencio, sólo roto por los suaves sollozos de Evelyn, hasta que sonó una brusca llamada en la puerta. Era la policía. Grieg se apartó para dejarles paso.

Entraron tres hombres, dos de ellos de uniforme. El tercero era corpulento, vestía de paisano y se presentó como el sargento Horgan, del departamento de homicidios de la policía del estado. Estaba al cargo del caso.

Grieg se identificó ante él como investigador privado, y le ofreció una detallada explicación de lo ocurrido.

Horgan le escuchó en silencio, asintió y llamó por teléfono al departamento para que se extendiera una orden de detención contra Percival, basándose en la descripción que le dio Grieg. Pidió que enviaran a la finca más agentes.

Tras colgar el teléfono, ordenó a uno de sus hombres que cacheara a los presentes para ver quién tenía el arma del delito. Dio instrucciones al otro policía para que registrara la casa y averiguara si alguien, entre las personas que se encontraban en las restantes habitaciones, había visto salir a Percival.

Entretanto, él recorrió la biblioteca de un lado a otro; examinó las librerías, el armero (que no estaba cerrado con llave y del que faltaba una pistola), e incluso se puso a gatas y anduvo de esta guisa por debajo de la mesa. Repentinamente, les llegó su exclamación desde allá abajo.

—¡Caramba! ¿Qué tenemos aquí? Creo que acabamos de encontrar el arma que faltaba.

Irguiéndose, dejó el arma donde la había encontrado, iluminada por la luz de su linterna que dejó encendida en el suelo. Los más curiosos se inclinaron para verla. Casi en el centro del perímetro delimitado por la mesa, sobre la gruesa alfombra, habla una pequeña automática negra.

El policía uniformado terminó de registrar a los presentes sin encontrar más armas. También su compañero regresó al poco para informar que ninguna de las

personas de la casa había visto salir al mayordomo del yate.

No tardaron en llegar los refuerzos policiales solicitados, entre ellos el forense y algunos miembros del departamento, encargados de recoger todas las pruebas posibles para su posterior análisis científico.

Según pudieron comprobar, la pistola que estaba debajo de la mesa había sido disparada. Las pruebas balísticas demostraron que el crimen se había cometido con ella. Se comprobó, además, que alguno de los presentes la había limpiado para borrar las huellas antes de arrojarla bajo la mesa. Entretanto, el interrogatorio del sargento Horgan evidencio que, mientras la biblioteca estuvo a oscuras y antes de que se produjera el disparo, alguien tuvo tiempo sobrado para llegar hasta el armero y tomar la pistola.

El fotógrafo de la policía hizo docenas de tomas desde todos los ángulos: captó el cuerpo de James derrumbado sobre la silla, y asimismo a todas las personas que se encontraban en la habitación, sentadas o de pie, en los lugares exactos donde, según cada cual, estaban cuando sonó el disparo fatal.

Otros policías uniformados salieron a registrar la casa en busca de Percival, el mayordomo fugitivo.

Las siguientes horas fueron ciertamente ajetreadas para los policías: tomaron declaración a todos los que estaban presentes cuando sonó el disparo; llamaron a Dorina, la mujer de Alfred, para que declarara sobre el papel que le había sido asignado en el drama: apagar y encender las luces de la biblioteca. Localizaron al ama de llaves en el piso de arriba, en las habitaciones que ocupaba con su marido, y la condujeron a presencia del sargento.

La mujer vestía una bata de casa y dijo que estaba lavándose el pelo. Hizo un gesto de perplejidad al ver lo que sucedía en la biblioteca. Declaró no haber sabido lo del disparo hasta aquel mismo momento; se había limitado a manipular los fusibles al recibir las señales de su marido, siguiendo las instrucciones que le había dado el señor James Robins.

Al regresar los hombres que buscaban a Percival, informaron que no habían conseguido localizarle.

Empezaba a clarear cuando la policía dio por terminado su trabajo en la finca; se marcharon llevándose consigo el cadáver de James.

Pocas horas después, el jardinero de los Robins encontró un cuerpo flotando en la piscina y hubo que llamar a la policía de nuevo.

A su llegada, los agentes procedieron a sacar el cuerpo que flotaba en el agua e, identificado, resultó ser Percival, el mayordomo desaparecido la noche anterior. El cadáver no presentaba señales de violencia que pudieran sugerir su muerte a manos de terceros. Lo único que pudo deducir la policía fue que, al tratar de huir de la escena del crimen y abandonar la finca, Percival (quizá en estado de pánico a causa de su culpabilidad) cayo accidentalmente a la piscina y pereció ahogado.

Sería necesario, naturalmente, practicar la autopsia de los dos cadáveres. Mientras

llegaban los resultados, la policía investigó a fondo a todos los que estaban presentes en la biblioteca en el momento de la muerte de James. Además pidió, y obtuvo, Autorización para registrar su dormitorio y las pertenencias suyas que habían quedado en la casa.

El sargento Horgan encontró una extraña carta escondida en el fondo de un cofre marineru que James había traído consigo de París. El sobre no llevaba matasellos. Solo el nombre: James Robins.

La carta, mecanografiada en una hoja de papel blanco, decía:

PIENSA QUE ES MUY LISTO Y QUE NADIE SABE LO QUE HA
DESCUBIERTO. SE EQUIVOCA, YO LO SÉ. ABANDONE SU PLAN. NO
ME SORPRENDERÁ. TENGO DEMASIADO QUE PERDER. LE
MATARE, YA ESTA AVISADO.

Puesto que faltaba el matasellos, la policía supuso que alguien había dejado la carta donde su destinatario pudiera encontrarla. No se les escapaba que pudo haberla recibido en París y llevarla consigo, aunque lo más probable era que llegase a su poder estando ya en Greenlawn.

Pese a todo, el sargento Horgan interrogó a todas las personas que, según lo previsible, podían haber conocido la existencia de la carta por boca de James; todos negaron habérselo oído mencionar.

La esposa del asesinado, Geneviève, hizo gestos negativos con la cabeza; no, no le había hablado de la carta. Tampoco sabía que estuviera oculta en el cofre.

Evelyn dijo:

—Me contó su plan, como lo hizo con otros, pero nunca mencionó haber recibido tal carta. En tal caso, habría intentado disuadirle, con más ahínco que el que puse, de esa especie de acertijo que pretendía llevar a cabo en la biblioteca.

B. J. Grieg explicó a la policía las razones por las que, en su opinión, James no quiso hablar a nadie de la carta.

—Los que conocíamos su plan estábamos en contra y tratamos de convencerle para que no lo llevase adelante. Ni que decir tiene que, si lo hubiéramos sabido (por lo menos, si yo hubiera conocido la carta), nuestra oposición habría sido unánime. Creo que ésta es la razón que le impulsó a no mencionarla.

—Sí, es comprensible —dijo Horgan, y añadió sombrío—: El autor de esa carta, quien quiera que sea, tiene que haber sido el asesino de Tyler Robins; de una u otra forma, averiguó que James iba a descubrirle.

El sargento envió la carta al laboratorio de la policía para que Fuese analizada, aunque dudaba mucho de que el examen arrojara alguna luz sobre su autor.

Cuando, algo más tarde, Julian Shields y Evelyn se quedaron solos, el abogado dijo pensativo:

—Hay una frase en particular en la carta dirigida a James, que me ha parecido

significativa: «Tengo demasiado que perder». Sólo tú y yo conocemos la existencia de la cinta grabada por Tyler durante su discusión con Paul Bryce. Esa es la clase de frases que escribiría Bryce. Suena como si fuera suya.

—Supongo que sí —dijo Evelyn frunciendo el ceño—, pero podría ser de cualquier otra persona que temiese ser desenmascarada.

—Sí —respondió Julián—. Sin embargo...

Dejó en suspenso la frase y lo que pensaba decir.

En otro momento de la investigación, el sargento Horgan quiso reconstruir la escena de la biblioteca en el momento en que James fue asesinado. Pidió a los presentes que volvieran a los mismos sitios que ocupaban entonces.

Todos fueron entrando lentamente, reacios, en la inmensa habitación: Evelyn, Julián, el doctor John Forbes; Cynthia y Candace; Phillip Wingate y su hermana Ava; Marshall y su esposa Pamela; Janice Elgar, Paul Bryce, el capitán Ian Sheffield, Alfred y Arturo, el cocinero del yate. Ocuparon sus asientos dejando vacía la silla en que se acomodara James. El sargento Horgan se sentaría más adelante en ella. B. J. Grieg ocupó de nuevo su puesto al fondo de la biblioteca, junto a la librería. Lewis Robins, que no había estado en el yate ni luego allí, miraba hacia dentro, curioso, desde la puerta abierta.

El grupo estaba evidentemente inquieto. No obstante, la única persona que, en realidad, parecía incapaz de soportar la reconstrucción del crimen era la hermana de Phillip Wingate, Ava. Apenas había ocupado su asiento cuando se levantó temblando y dijo con voz quebrada:

—Lo... lo... siento mucho. Creo que me voy a desmayar.

Lewis, que seguía de pie ante la puerta, corrió hacia ella.

—Escuche, sargento —protestó—. Me figuro que podrá evitar a la señorita Wingate este sufrimiento. Tanto más cuanto que no puede ser sospechosa de la muerte de mi padre, porque no estaba a bordo del *Falconer*.

Cierto, no es sospechosa —respondió el sargento—. Únicamente confiaba en que todos los que estuvieron aquí pudieran recordar ahora con mayor exactitud lo que vieron y oyeron cuando se apagaron las luces y se produjo el disparo.

—Sí, sí, lo entiendo —dijo Lewis bruscamente—. No dudo, sin embargo, de que podrá hacer una excepción con la señorita Wingate, máxime cuando se ve con claridad lo afectada que está.

—Bien, de acuerdo —Morgan movió la mano—. Queda disculpada, señorita Wingate.

Lewis acompañó fuera de la habitación a la temblorosa muchacha que, agradecida, se apoyaba en su brazo.

Prosiguió la interrumpida reconstrucción y varios de los presentes aportaron todos los datos que pudieron recordar.

Evelyn dijo:

—En el mismo momento en que se fue la luz, pude oír a la gente moverse de un

lado a otro, pero todo era tan irreal, tan sin formas definidas... Dudo que realmente le sirva de ayuda lo que digo.

—Puesto que James me había contado su proyecto —declaró Julián Shields—, no me pillaron por sorpresa el apagón ni el disparo. Desde luego, como creía que era de fogeo, no presté atención especial. Esperaba a que volviera la luz para fijarme en manos de quién estaba el arma.

B. J. Grieg, que igualmente conocía el plan, dijo más o menos lo mismo que Julián. Otro tanto hizo Alfred, aunque añadió:

—Como yo tenía en la mano el revólver con el cartucho falso, me llevé un susto tremendo cuando sonó el tiro. Tan asombrado estaba que tardé bastante tiempo en recobrar me y pulsar el botón para que mi mujer volviera a dar la luz.

Las demás observaciones que se hicieron al sargento fueron una serie de vaguedades sobre los movimientos de cada uno al quedar la biblioteca a oscuras. El único dato aparentemente positivo ofrecido por el grupo fue una explicación sobre la forma en que Percival abandonó la habitación sin ser visto: era evidente que cuando volvió la luz, después del disparo, la atención de todos, incluido B. J. Grieg, se concentró sobre James Robins, caído en su silla. Por tanto, Percival pudo salir fácilmente sin ser advertido.

Al día siguiente de esta reunión en la biblioteca, la policía, que investigaba los antecedentes de Percival, descubrió un dato significativo: el mayordomo estaba fichado como hombre violento. Había sido detenido por amenazas y asalto a mano armada, y pesaba sobre él una orden de busca y captura del estado de Mississippi por homicidio involuntario, circunstancias que había ocultado cuando se enroló en el *Falconer*.

La policía opinaba que, aunque estos datos podían explicar la razón de su pánico y huida (sabedor de que la policía llegaría de un momento a otro y descubriría su pasado), sus antecedentes le señalaban como persona capaz de comportarse violentamente y aun de matar en determinadas circunstancias.

Aquellas jornadas de investigación policíaca, estaban reflejadas así en el diario de Evelyn:

¡Qué difíciles se han puesto las cosas, con la policía siempre por medio y haciendo preguntas a diestro y siniestro! Y todo el inundo sospechando del vecino. Una no sabe que pensar. ¡Qué loco fue James al pretender llevar a cabo su plan! El señor Grieg nos indicó la otra noche que quizá el asesinato de Tyler no guarde relación con el de James; es decir, que la persona que mató a Tyler puede que no haya sido la misma que mató a mi hijo. Cuando John Forbes preguntó al señor Grieg qué significaban sus palabras, éste le respondió que podía darse el caso de que hubiera alguien en la biblioteca

ajeno por completo a la muerte de Tyler que, sin embargo, tuviera miedo de que James pretendiera descubrirle y (puesto que esa persona ocultaba algo) le mató para impedirle hablar.

Otro párrafo del diario de Evelyn relataba:

Aunque todos guardamos luto por James, he llegado a la conclusión de que debo atender a los vivos: no sólo a las necesidades de su viuda, Geneviève, sino también a las de la pobre Carrie y su hija, Molly; suya y de James y, por tanto, mi nieta. Ha sido una decisión dura, sobre todo porque la he tenido que tomar en solitario: no podía dar cuenta a Geneviève. Equivocada o no, he decidido que no serviría de nada decírselo; en consecuencia, no se lo diré. Sin embargo, he tomado mis medidas para que ni Carrie ni Molly tengan que preocuparse por el dinero mientras vivan. Estoy segura de que es lo que James habría hecho si hubiese vivido. Cuando se lo comuniqué a Carrie y a sus padres, Alfred y Dorina, mostraron tanto agradecimiento que me sentí profundamente conmovida. De cualquier modo, me alegro de haber terminado con eso. Si por lo menos la policía terminara sus investigaciones y concluyera esto también...

La autopsia de los cuerpos de James y Percival se realizó en breves días. Se confirmó que el mayordomo había perecido ahogado y que la muerte de James Robins se debía a una herida de bala en la frente.

En la misma semana se celebró ante el juez la vista por el asesinato de James Robins. Al igual que sucediera con el de su padre, acaecido con anterioridad, había múltiples sospechosos, pero una carencia total de pruebas concluyentes que señalaran al culpable. Los testimonios dejaban ver que la mayoría (aunque no todos) de los presentes sospechaban del mayordomo del barco, Percival. Probablemente le habrían inculpado de no haber muerto, aunque quizá su culpabilidad quedara sin demostrar por falta de pruebas. De cualquier modo, Percival no podía testificar y, ante esta falta de pruebas firmes, el fallo del juez fue: «James Robins murió a manos de persona o personas desconocidas...».

Fue enterrado en el terreno propiedad de la familia, en el cementerio donde se alzaba el mausoleo de su padre. Una vez más, George Pittman proyectó y construyó la tumba.

CAPÍTULO 3

Cynthia Robins ignoró las advertencias que su padre le hacía sobre Phillip Wingate en la carta que estaba escribiendo en el momento de ser asesinado y que dejó inacabada; había decidido casarse con él.

La boda se celebró en la finca que Phillip tenía en Meedlands, Inglaterra, una vez transcurrido el tiempo prudencial que exigían la muerte del padre y del hermano de la muchacha. Asistieron los restantes miembros de la familia. Candace fue la madrina; Marshall, el hermano mayor, entregó la novia, y Phillip Wingate eligió a Lewis Robins, con quien había hecho muy buenas migas desde la primera vez que se vieron en Greenlawn, como padrino. Su amistad databa del día en que se celebró el funeral por Tyler Robins y en que mataron a James. Además, Lewis se había encaprichado con Ava, la hermana de Phillip, durante el tiempo que permaneció en Maryland.

Después de la boda, Cynthia tuvo una idea ciertamente original para la luna de miel, tras oír a alguien que el legendario *Orient Express* reanudaba su servicio a través de Francia, Suiza e Italia y rendía viaje en Venecia. Mucha gente acomodada utilizaba ese tren como pretexto para unas auténticas vacaciones.

Cynthia invitó a varios miembros de su familia a viajar con Phillip y con ella, e hizo extensiva la invitación a la hermana de aquél, Ava. El matrimonio llegaría en tren hasta Venecia y luego proseguiría la luna de miel; los demás harían también el viaje de vuelta.

Libby y George Pittman tenían que regresar a Nueva Jersey; no podrían, pues, acompañarles. Los demás, Evelyn, Marshall, Candace y Lewis, además de Ava, decidieron ir con ellos. También el doctor John Forbes y Julián Shields, que habían asistido a la boda, se les unieron, aceptando la invitación de viajar en el famoso tren.

El punto de partida era la estación Victoria de Londres. Allí subió el grupo al tren, conocido ahora como *Simplon-Orient-Express* de Venecia, y en seguida se reunieron todos en el coche restaurante *Cygnus*, para desayunar en viaje hacia Folkestone. Lo hicieron mientras atravesaban la verde campiña de Kent.

En Folkestone, el grupo embarcó en el transbordador Sealink para hacer la travesía del canal (más allá de las rocas blancas de Dover) hasta Boulogne. El trayecto tuvo una duración de hora y media. Llegados a suelo francés y pasados los trámites de aduanas e inmigración, se separaron por unos momentos mientras se acomodaban en varios compartimientos del famoso coche-cama de la *Compagnie Internationale des Wagons-lits et des Grands Express Européens*.

Tras acomodarse, se reunieron todos de nuevo, esta vez en el *bar-salón* del tren, para tomar unas copas; allí pasaron la mayor parte del tiempo, con la única excepción del almuerzo en el elegante coche-restaurante.

Cynthia y Phillip, los recién casados, ocupaban una mesa en compañía de Ava y

Lewis; Marshall y Candace se acomodaron en la siguiente y, al otro lado del pasillo, lo hicieron Evelyn, Julián Shields y John Forbes. Los componentes del grupo no dejaron de advertir que el médico parecía estar molesto con Evelyn y Julián, inseparables desde que comenzó el viaje.

Daba la impresión de que Evelyn se esforzaba por mostrarse alegre y dicharachera mientras tomaban champán. Instantes después, cuando ya el tren había cruzado el Sena y entraba en la estación parisiense de Austerlitz, dejó escapar un grito ahogado. Asomada a la ventanilla, había estado contemplando a los nuevos pasajeros y le llamó la atención una gran caja de madera, parecida a un féretro, que colocaban en el vagón de equipajes. Al volver la cabeza, tuvo la súbita visión de una figura que subía los escalones de uno de los coches-cama situado a la cabeza del convoy, y exclamó en voz alta:

—¡Ahí está Paul Bryce! ¡Qué cosa más rara! ¿Por qué razón tomará el tren aquí, en París?

—¿Paul Bryce? —Preguntó Julián—. ¿Estás segura?

—Sí —asintió Evelyn—. Por lo menos, me ha parecido que era él. Vete a ver si es cierto. ¡Date prisa! Creo que subió al cuarto coche.

John Forbes tenía el ceño fruncido.

—¿Paul Bryce? ¿Qué hace en este tren?

Julián se había puesto en pie.

—Estoy seguro de que no puede ser Bryce. Pero iré a ver.

John se levantó bruscamente.

—Iré contigo —dijo.

Cuando los dos hombres salían, Candace, que estaba sentada junto a Marshall mirando por la ventanilla, recibió otra sorpresa no menor, que le hizo exclamar:

—¡Oh! ¡No, no, no!

Marshall, alarmado por el tono de las exclamaciones de su hermana, le preguntó.

—¿Qué sucede, Candace?

—Ese hombre que acaba de pasar por el andén, aquí delante, y que ha subido al tren —explicó Candace—... Es Steve Boland, que fue novio mío en Londres. Pensé que por fin me había dejado en paz, pero ahora está en este mismo tren. ¡Oh, Marshall, tengo miedo!

Marshall puso una mano sobre la de su hermana.

—¿Por qué estás tan asustada?

Candace vacilo un momento antes de responder; se inclinó sobre la mesa y, bajando la voz para que no le oyeran los demás pasajeros del *bar-salón*, dijo:

—Rompí con Steve Mace algún tiempo. Le conocí en nuestras oficinas de Londres; trabajaba allí de contable. Estuvimos saliendo algún tiempo, pero no me gustaban sus maneras posesivas y le dije que no quería salir más con él —hizo una pausa, temblando, antes de proseguir—. Dejó su empleo, y pensé: ¡bien, ya no tendré que volver a verle! Pero empezó a enviarme cartas, cartas amenazadoras, y me

llamaba por teléfono, amenazante, diciéndome, por escrito y por teléfono, que si no volvía a salir con él me sucedería algo terrible.

—¿No se lo dijiste a nadie —preguntó Marshall— para que tratara de impedir que lo hiciera?

Candace movió la cabeza negativamente.

—Al principio, no. Quería evitar un escándalo. Luego, sin embargo, descubrí que me seguía a todas partes y me asusté. Tanto que se lo conté a papá. Me dijo que no se lo dijera a nadie más, que él se ocuparía del asunto, y creo que lo hizo. Desde entonces no había vuelto a saber de Steve... hasta hoy. Y ahora está aquí, en este mismo tren.

—Podría tratarse de una coincidencia —señaló Marshall.

—¡No, no! —Candace agitaba la cabeza—. Probablemente leyó en los «ecos de sociedad» de la prensa londinense que íbamos a tomar este tren, y habrá venido exprefeso a París para subir a él. Quiere hacerme daño. En una de sus llamadas telefónicas me dijo que, si no podía conseguirme, me mataría.

—No te preocupes. No le daremos esa oportunidad —dijo Marshall con firme acento—. Cuando estés fuera de mi vista le tendré vigilado. Estate tranquila.

El tren había reemprendido la marcha y salía de la estación cobrando velocidad a cada momento.

Ni el nuevo matrimonio, ni Lewis y Ava, que estaban sentados con ellos, habían advertido la inquietud de Candace y de Evelyn.

Esta última había apurado su copa de champán y se servía otra cuando Julián Shields y John Forbes regresaron de su búsqueda por los coches-cama delanteros. Julián movió la cabeza negativamente cuando él y John tomaron asiento ante la mesa de Evelyn.

—Me temo que no ha habido suerte —dijo—. Hemos recorrido todos los vagones sin encontrar ni rastro de Paul Bryce... ni de nadie que se le parezca.

—Pero no habéis podido mirar en todos los compartimientos —protestó Evelyn.

Julián le golpeó suavemente la mano.

—Querida mía —dijo—, claro que no. No esperarías que abriéramos las puertas de los que están cerrados y nos coláramos adentro, ¿verdad?

—Supongo que tienes razón —suspiró Evelyn—. Puede estar oculto en uno cualquiera.

—Si lo está —dijo John Forbes—, tarde o temprano tendrá que salir. Si realmente se trata de Bryce...

Evelyn no quedó satisfecha, aunque prefirió no insistir. Su preocupación se debía a que, al hacerse cargo de Robins Cosmetics, había tenido una entrevista secreta con Paul Bryce y en ella le había hecho escuchar la cinta grabada por Tyler, tras lo cual le insistió en que esperaba el pago de los cinco millones de dólares exigidos por su difunto esposo. Bryce, que no tenía otra salida si quería verse libre de acudir ante los tribunales, se había mostrado de acuerdo, pero pidió un mes de plazo para reunir el

dinero, y para su vencimiento sólo faltaban diez días. Para entonces, Evelyn estaría de regreso en Nueva York. Y ahora Paul Bryce estaba en el tren, no le cabía la menor duda, con sólo Dios sabía qué proyectos.

Poco tiempo después, Candace, que estaba sentada a la mesa de su hermano, alzó la vista y agarró la mano de Marshall al ver que Steve Boland entraba en el *bar-salón*.

Apenas podía dar crédito a sus ojos ante la osadía del joven, que avanzaba directamente hacia su mesa.

—Señorita Robins —dijo Boland haciendo una burlona inclinación—. ¡Qué curioso, encontrarla aquí! El mundo es un pañuelo.

Candace se encogió en su asiento, pero Marshall se puso en pie de un salto y dijo:

—Escuche usted. Manténgase lejos de mi hermana. No quiere nada con usted, ¿me entiende? Ahora, largo de aquí.

Boland miró fríamente a Marshall antes de responder.

—¡Ah, claro, el hermanito mayor! Marshall, ¿estoy en lo cierto? Pues bien, escuche señor Marshall Robins, tengo algo que decirle: éste es un tren público, y tengo tanto derecho a ir y venir por él como se me antoje.

—Ya ha venido —replicó Marshall con voz tensa—. Ahora, hágase un favor a sí mismo: lárguese.

—Ha dado usted en el clavo —dijo Boland.

Se apartó y tomó asiento ante una mesa vacía, inmediata a la que ocupaba Lewis y Ava con Cynthia y Phillip. Steve Boland era un hombre joven, no mayor de treinta años, fornido, con cabello rubio de tono rojizo.

En aquel momento entró en el *bar-salón* una pareja de aspecto sorprendente que atrajo la atención de cuantos se encontraban allí.

—¡Anda, si yo les conozco! —exclamó John Forbes.

Se levantó y avanzó rápidamente hacia el hombre mayor y la muchacha que acababan de llegar. Habló con ellos unas palabras e hizo que le acompañaran.

Forbes presentó a la pareja a sus amigos: Joachim, dijo, era un mago extraordinariamente hábil, y la joven que le acompañaba, Genet, una encantadora eurasiática, su ayudante. John Forbes les había visto actuar en un club nocturno de París hacía un año, y se había quedado impresionado.

El mago era un hombre alto, de aspecto bastante mayor, que lucía una abundante y flotante cabellera blanca. Sus ojos melancólicos, hundidos en las órbitas, brillaban en un rostro hierático que parecía tallado en caoba. Sus habilidades resultaban más sorprendentes, si cabe, habida cuenta de que era sordo de nacimiento. Se comunicaba con la joven Genet mediante una mímica muy personal cuyo significado iba explicando ella al público.

Cuando John Forbes les preguntó qué hacían en el tren, los dedos de Joachim se movieron rápidamente al tiempo que la joven interpretaba:

—Joachim dice que acabamos de terminar nuestro contrato en París y que vamos a Nápoles a descansar.

A invitación de Forbes, ambos tomaron asiento, se sirvieron té, lo tomaron y, tras saludar a los demás, salieron para dirigirse a sus respectivos compartimientos.

Cuando salieron, Cynthia dijo en voz baja a Marshall:

—¡Ojalá el mago pudiera hacer que desapareciera Steve Boland!

El *Orient Express* siguió devorando kilómetros durante el resto del día y el anochecer, pero, definitivamente, Evelyn y Candace no disfrutaban ya del viaje.

Entrada la noche, Lewis salió un momento dejando sola a su acompañante; mientras estuvo ausente, Steve Boland trató de entablar conversación con Ava. Al regresar Lewis, Boland abandonó el *bar-salón* para no reaparecer. Cynthia y Phillip se habían retirado ya a su compartimiento, y Evelyn, John Forbes y Julián Shields no tardaron en dirigirse a los suyos. Entonces, Marshall y Candace se reunieron con Lewis y Ava para tomar la última copa. Candace contó a la muchacha lo que había sucedido con Steve Boland. Al terminar su relato, Ava exclamó:

—¡Qué hombre tan terrible tiene que ser! Yo no le conocía. Sólo hemos intercambiado unas palabras hace un momento, pero no volveré a hablarle, desde luego.

No mucho después, los cuatro se dirigieron a sus respectivos compartimientos y, antes de dejar a su hermana, Marshall se aseguró de que Candace corría el pestillo.

Pese a la lujosa comodidad del tren, Marshall sólo pudo conciliar el sueño a ratos, y se sintió aliviado cuando, por la mañana, fueron llegando los demás al coche restaurante, y vio entrar a Candace, que parecía descansada y fresca. En realidad, no había creído que Steve Boland pudiera atacarla durante la noche, pero ahora que estaban todos juntos de nuevo (incluido el propio Boland, sentado a otra mesa), se afirmó su resolución de no perderle de vista cuando su hermana no estuviera presente.

En todo caso, se alegró al comprobar que no tendría que preocuparse, por el momento al menos, porque Boland abandonó el coche restaurante nada más terminar el desayuno.

A aquellas alturas del viaje, el tren atravesaba ya los viñedos del valle del Ródano, en Suiza. Evelyn, John Forbes y Julián Shields ocupaban una mesa del coche restaurante; Cynthia, Phillip, Lewis y Ava, otra, y Marshall se sentaba ante una tercera en compañía de Candace.

Todos ellos tomaron el desayuno pausadamente, sin prisas, excepto la recién casada, Cynthia, quien anunció que volvía a su compartimiento para refrescarse.

Poco después, también Marshall abandonó el coche restaurante, no sin arrancar la promesa de Candace de que se quedaría con los otros hasta que regresara él.

Pasó bastante tiempo antes de que Phillip comentase que Cynthia se estaba refrescando demasiado. Julián Shields se ofreció a ir en su busca mientras los demás que permanecían en sus respectivas mesas, Evelyn, John Forbes, Candace, Phillip, Lewis y Ava, decidían trasladarse al *bar-salón*.

Allí estaban, cómodamente sentados, cuando Julián y uno de los revisores de los

coches-cama llegaron corriendo.

La expresión de Julián era sombría cuando anunció:

—Me temo que se ha producido un terrible accidente. ¡Una tragedia! Se trata de... Cynthia...

—¿Cynthia? —gritó Phillip levantándose—. ¿Qué le ha pasado?

—Está... —Julián no pudo seguir hablando, alzó la mano en el aire y la dejó caer con gesto desmayado.

—Quiero verla —dijo el doctor John Forbes.

Se levantó y siguió a Julián y al revisor, abandonando el *bar-salón* con todos los demás apiñados tras ellos.

La puerta del compartimiento de Cynthia estaba cerrada. Cuando la abrió el revisor, Julián se hizo a un lado y entró el médico; los demás se quedaron junto a la puerta abierta.

El cuerpo del doctor ocultó el de Cynthia a la vista de los restantes miembros del grupo. Únicamente podían ver que estaba tendida sobre la litera doble, todavía deshecha. Luego, el doctor Forbes se volvió despacio y dijo en voz baja:

—Está muerta.

—¿Muerta? —gritó Phillip Wingate—. ¡Dejadme verla!

Se oyeron las voces de todos los demás que proferían la misma frase.

—No es una visión muy agradable —dijo el doctor.

Como los demás insistieran, se encogió de hombros, apartándose para dejarles paso.



Cynthia Robins Wingate yacía de espaldas en la litera. Estaba totalmente vestida. Sus ojos abiertos tenían una mirada fija. A primera vista era difícil precisar qué le había sucedido: las luces del compartimiento estaban apagadas y el tren pasaba en aquellos instantes por una zona de sombra antes de salir de nuevo a la luz del sol. Fue entonces cuando los que miraban desde la puerta pudieron ver un hilo de acero, enrollado de forma curiosa e irregular alrededor de la parte inferior del rostro, justo por debajo de la barbilla, y la posterior del cuello. (Más adelante se comentó que la joven debió mover la cabeza arriba y abajo, o hacia delante y atrás, cuando su

atacante trataba de estrangularla, lo cual explicaba la extraña posición del hilo). Mas lo cierto es que el asesino había logrado su propósito, y Cynthia tenía cruelmente hundido en la garganta parte del hilo de acero.

—La han estrangulado —dijo John Forbes suavemente.

Innecesaria aclaración, pero parecía como si precisara decir algo.

Hubo que ayudar a Evelyn y Phillip a separarse del aterrador espectáculo. Todos ellos sufrían un profundo *shock*. Marshall tenía el rostro sombrío y los labios blancos cuando, poco después, le hallaron en su compartimiento y le comunicaron la terrible nueva.

Ni que decir tiene que era necesario cumplir ciertas formalidades en el tren, dadas las extraordinarias circunstancias del caso. El revisor del coche-cama había informado ya al jefe de tren y éste, a su vez, ordenó poner un candado en la puerta del compartimiento y situó una vigilancia delante. Como resultaba imposible determinar el instante justo en que se había cometido el asesinato, y entre el momento en que la joven salió del coche restaurante y el del descubrimiento de su cuerpo el tren había cruzado Suiza y se encontraba ya en Italia, no se podía determinar la jurisdicción del país al cual correspondía el caso. Se decidió, vistas las circunstancias, que el tren continuara el viaje sin paradas, como estaba previsto, hasta la estación terminal de Venecia.

El jefe de tren recorrió los coches, a sugerencia de Julián Shields, preguntando a los pasajeros. Ninguno tenía cosa alguna que declarar o, si la tenían, no lo dijeron. Julián, que le acompañó por todos los vagones, sí que descubrió algo: Evelyn tenía razón al creer que Paul Bryce estaba en el tren; le encontró en uno de los compartimientos, con la puerta cerrada.

Bryce, al verle, le explicó que había hecho la reserva de billete en el *Orient Express* porque sabía que Evelyn estaba en el tren, pero que permaneció en su compartimiento porque no quería interrumpir la fiesta de la boda. Según dijo, se había enterado por los periódicos. Su plan, dijo, era presentarse ante Evelyn en el viaje de regreso de Venecia, considerando que entonces tendría oportunidad de hablar con ella.

Los dos hombres volvieron juntos al *bar-salón*, donde estaban de nuevo reunidos los miembros del grupo. La única que faltaba era Candace; alegó que tenía necesidad de estar a solas en su compartimiento. Marshall no la siguió porque también Steve Boland estaba en el bar del coche, y quería tenerle controlado en todo instante. Paul Bryce regreso a su compartimiento.

El mago Joachim y su ayudante, Genet, conocedores de la muerte de Cynthia por las noticias que circulaban por el tren, llegaron al *bar-salón* a expresar su condolencia y, tras breves palabras, salieron de él.

Evelyn recordaba las palabras de advertencia que su esposo escribiera referidas a Phillip Wingate. En otra circunstancia, habría pensado en el inglés como el posible autor del asesinato de su esposa, máxime cuando ahora era su heredero. Pero tanto él

como su hermana Ava habían permanecido en su compañía durante todo el tiempo que faltó Cynthia del vagón, hasta que Julián descubrió el cuerpo.

Además, Phillip Wingate parecía estar profundamente afectado por la muerte de su recentísima esposa, hasta el extremo de que su hermana Ava tuvo que abandonar un momento el *bar-salón* para llevarle de su compartimiento unas tabletas que le aliviaran. Regresó con ellas cuando el *Orient Express* se acercaba ya al término de su viaje, deslizándose hacia el Este por el elevado malecón que, atravesando la sábana de agua, unía Venecia con la tierra firme.

Al advertir que se acercaban a la estación de Santa Lucía, Marshall avisó a los demás que iba en busca de Candace para que todos estuvieran juntos en el momento de la llegada.

Minutos después regreso corriendo, en estado de profunda agitación. Candace, informó, no se encontraba en su compartimiento. Alzó un índice acusador hacia Steve Boland:

—¿Ha permanecido ése aquí durante todo el tiempo que he estado fuera? —preguntó.

Boland, le aseguraron, no se había movido de allí, ante lo cual Marshall movió la cabeza. Sólo pudo añadir:

—¿Dónde estará? Tenemos que buscarla por el tren.

Todos se mostraron de acuerdo. Salieron rápidamente, buscaron al jefe de tren y le pidieron que detuviera el convoy mientras éste se encontraba todavía sobre el malecón, a escasa distancia de la estación, para evitar que nadie pudiera bajarse inadvertidamente.

Una vez más, con el jefe de tren en cabeza, se procedió a revisar todos los compartimientos. No encontraron rastro alguno de Candace; como si se hubiera esfumado en el aire.

Súbitamente, Evelyn recordó algo que le había llamado la atención mientras subían al tren los pasajeros de la estación de Austerlitz, en París.

—En el coche de equipajes hay una caja de madera enorme —dijo conteniendo el aliento—. Les vi cómo la subían en París. ¡En ella cabe un cuerpo! ¡Vamos, vamos, tenemos que revisarla!

El grupo se lanzó a todo correr hacia el vagón de equipajes, donde, como Evelyn había dicho, había una gran caja de madera. Por unos instantes, el jefe de tren se detuvo, contemplándola perplejo. Había sido enviada desde París para entregarla al consignatario en Venecia. Llevaba una etiqueta en la que se leía: «PETERSEN - ESTACIÓN DE SANTA LUCIA - VENEZIA».

—Está bien, buen hombre ¡ábrala! —ordenó Julián.

Tras vacilar un momento más, el jefe de tren se encogió de hombros, cogió una palanca de la caja de herramientas del vagón y abrió la tapa. Los demás se apiñaron en torno: la caja estaba vacía, lo que produjo un suspiro de decepción en el grupo.

Se trataba, por lo demás, de una extraña caja: además de estar completamente

vacía, tenía unos pequeños orificios (que se podrían tomar por respiraderos) cerca del fondo. Si no había sido utilizada para esconder un cuerpo, cuando menos había sido concebida con ese fin.



Minutos más tarde, el tren reemprendía lentamente la marcha y, finalmente, se detuvo en la estación de Venecia.

La policía veneciana acudió de inmediato. Fue informada del asesinato de Cynthia y la desaparición de Candace, y retuvo a todos los pasajeros para interrogarles. No se les permitió abandonar el tren hasta algún tiempo más tarde, una vez que el interrogatorio realizado no aportase pista alguna sobre el asesino de la primera ni la desaparición de su hermana.

Transcurridos algunos días, se hizo evidente que había escasas probabilidades de que la policía lograra avanzar en la solución de los dos misterios ocurridos en el *Orient Express*. El grupo de los Robins decidió regresar a Londres.

Llegados a la capital británica, se dispersaron por distintos lugares en espera de noticias de la policía veneciana.

Evelyn se trasladó a un apartamento que Robins Cosmetics tenía en Londres a disposición de la familia. Julián Shields y John Forbes permanecieron en un hotel. Marshall y Lewis compartieron el piso que había sido de Candace y Cynthia, y Phillip Wingate regresó al suyo mientras su hermana, Ava, viajaba a Meadlands. Paul Bryce había tomado el avión de regreso a Estados Unidos. Lo hizo desde Venecia, sin charlar con Evelyn como era su propósito, ya que ella no quiso discutir en aquellos momentos el asunto de su pago a Robins Cosmetics.

Julián Shields se mantuvo en contacto telefónico con la policía veneciana, que, al cabo de dos semanas, sólo pudo informar de que nadie se había presentado a reclamar la extraña caja de madera que viajaba en el tren.

Evelyn se pasaba la mayor parte de su tiempo en Londres en compañía de John Forbes y Julián Shields, que se habían quedado en espera de lo que la policía de Venecia pudiera descubrir. Nada más tener noticias sobre la muerte de Cynthia y la desaparición de Candace, pensaban volver a Venecia los tres.

Lewis permaneció en Londres, fundamentalmente para seguir cortejando a Ava.

Se veían casi a diario, de día o de noche, frecuentemente en compañía de Phillip, o de Evelyn y sus inseparables John y Julián.

El único que perseguía un propósito claro y definido en su estancia londinense era Marshall: creía que, a pesar de las pruebas en contra, Steven Boland tenía algo que ver con la desaparición de Candace. Boland había vuelto de Venecia tan pronto como la policía italiana le dejó en libertad tras interrogarle; Marshall no tuvo dificultad alguna para localizarle en Londres.

Pronto descubrió que se reunía con un grupo *mod* londinense; sus amigos varones eran en su mayoría músicos jóvenes, artistas en ciernes y modelos publicitarios. Las muchachas del grupo formaban una mezcla extraña: modelos y bellas jovencitas que vivían con sus padres, a costa de éstos. Celebraban continuas fiestas en clubs y en sus respectivos alojamientos. El propio Boland tenía un estudio en un edificio cercano a los muelles de Londres. Ocupaba un ático que era escenario de innumerables reuniones que se prolongaban toda la noche y que, en ocasiones, duraban varias noches y días sin interrupción.

Marshall no tenía plan definido alguno cuando empezó a seguir a Boland, y durante algún tiempo se preocupó de que su presencia pasara inadvertida para éste. Sin embargo, cuando quedó claro que su persecución era conocida, cambió de estrategia y procuró deliberadamente que Boland le viera cuantas veces fuera posible. Esperaba desatar una guerra de nervios con el joven inglés.

La estrategia dio resultado y, llegado el momento, Boland se enfrentó una y otra vez a él. Cada vez que descubría su presencia siguiéndole, se dirigía rápidamente hacia él, lleno de ira, gritándole.

—¿Por qué me molesta? ¡Déjeme en paz! ¡Lárguese!

Marshall respondía encogiéndose de hombros y alejándose, pero no tardaba en convertirse de nuevo en la sombra de Boland. Confiaba en que su oponente perdiera los nervios y terminara por hacer algo.

Por entonces Evelyn recibió cierto día una misteriosa llamada telefónica. Al descolgar el teléfono de su apartamento, oyó una voz de mujer que se identificó como Lena Bram y le dijo que era espiritista. Aseguraba que había recibido mensajes, como ella dijo, «del más allá», que procedían de Cynthia. Según la espiritista, la joven tenía deseos de ponerse en contacto con su familia y amigos y la había elegido a ella, Lena Bram, como *médium* para transmitir el mensaje.

Propuso a Evelyn que celebrara una sesión de espiritismo en el piso donde Cynthia había vivido con Candace, y que en ella estuvieran presentes todos los amigos y familiares que fuera posible entre los que se encontraban en el *Orient Express* cuando se produjo la muerte de Cynthia.

Ni que decir tiene que Evelyn se mostró escéptica, aun cuando dijo a su interlocutora que lo pensaría. Tomó el número de teléfono y le prometió hacerle una llamada algún tiempo después.

Más tarde contó el suceso a John, Julián, Marshall, Lewis, Phillip Wingate y Ava.

Todos ellos se mostraron de acuerdo en que, sin lugar a dudas, la espiritista era una farsante que había leído el relato de la muerte de Cynthia en los periódicos y, probablemente, buscaba hacerse publicidad. Sin embargo, como expresaron su curiosidad por saber qué sería una sesión de espiritismo, curiosidad que la propia Evelyn compartía, no se perdería nada con aceptar. En cualquier caso, no les haría daño.

Evelyn llamó a la espiritista y le avisó de que tanto ella como sus familiares y amigos estaban de acuerdo en celebrar la sesión. Acordaron que tendría lugar dos días más tarde, por la noche.

Llegado el momento, Evelyn, John, Julián, Marshall, Lewis, Phillip Wingate y Ava se reunieron en el piso. Lena Bram se presentó a la hora convenida.

Evelyn había juzgado, por el acento, que sería europea. Y en efecto, Lena Bram se presentó a sí misma diciendo que había nacido en Transilvania (afirmación que sonó a puro cuento a los acostumbrados a leer relatos de terror); agregó que su nombre era Lena Bram.

Se trataba de una mujer de mediana edad, regordeta, con el cabello rizado color canela, cara redonda y grandes ojos saltones. No perdió tiempo en charlas, sino que les hizo sentar apresuradamente en las sillas dispuestas en torno a la pequeña mesa del comedor del piso, ocupando ella la cabecera.

Cuando se acomodaron todos, atravesó la habitación para correr las cortinas de las vetanas, apagó las luces y dejó el comedor sumido en una densa oscuridad, antes de ocupar su asiento.

Hubo un momento de silencio hasta que la mujer encendió una vela, que colocó en una palmatoria, cosas ambas que había llevado consigo, y puso la luminaria temblorosa ante ella.

—¡Silencio! —ordenó.

Cerró los ojos e inclinó la cabeza. Durante largo rato no sucedió absolutamente nada; la vela se fue consumiendo lentamente; no había sonido alguno, excepto, aquí y allá, el crujido de la silla de alguien que se agitaba inquieto. De repente, inesperadamente, desde donde se encontraba la mujer, cuyo rostro estaba oculto más allá de la luz de la vela, llegó un sonido siseante, extraño, que fue creciendo de intensidad para terminar tan súbitamente como había empezado. Casi de inmediato se oyó una voz indefinida, sin acento alguno, que parecía proceder de detrás de la vela:

—*Si quieren encontrar a mi hermana, recuerden la caja de madera del tren. No contenía ningún cuerpo después de la desaparición de ella... sino antes. Estaba escondido allí, sin que le vieran en el tren. Y, luego, saliendo de su escondite, la atrapó y saltó con ella del tren. Recuerden la caja de madera. Su misterio está resuelto...*

La voz se apagó produciendo otra vez el sonido siseante, extraño, y se produjo el silencio de nuevo. Duró largo rato. La vela empezó a agotarse y hubo un movimiento de inquietud en torno a la mesa. Alguien tosió y se restableció el silencio. Finalmente,

sonó la voz de Julián Shields que preguntaba en la oscuridad:

—¿Esto es todo, señora Bram...?

Apenas había pronunciado estas palabras cuando la mesa empezó a elevarse violentamente en el aire; luego se aplastó contra el suelo, volvió a subir y cayó de nuevo, una y otra vez. En medio del caos que ello produjo, la voz que parecía proceder de la espiritista sumida en la oscuridad lanzó un grito gutural, penetrante, aterrador:

—Éeeel meee matoooó...

La vela se apagó y la mesa cayó al suelo, volcándose.

—¡Encended las luces! —gritó Julián.

Lewis fue el primero en llegar al conmutador. La habitación se inundó de luz.

La mesa estaba caída, de costado. La espiritista aparecía de espaldas. Los demás, que instantes antes permanecían sentados en torno a la mesa, se apoyaban aterrados en las paredes, a cada lado de la mesa volcada.

—¡Mirad! —gritó Ava señalando a la espiritista, que mostraba unos hilillos de sangre en las comisuras de la boca.

John Forbes se apresuró a tomarle el pulso y dijo:

—Está viva. Parece que ha sufrido un *shock*. O que se ha desmayado.

Los demás le contemplaron mientras el médico le frotaba las muñecas, levantaba la cabeza de la mujer y la movía de un lado a otro, hasta que ésta abrió los ojos.

—¿Se encuentra bien? —preguntó John Forbes.

Tras un momento de vacilación, la mujer asintió moviendo la cabeza y se irguió lentamente hasta quedar sentada. Forbes la ayudó a ponerse en pie y le acercó una silla. Una vez que la mujer se sentó, el médico miró en torno.

—¿Coñac? ¿Hay coñac aquí?

—Voy a ver. —Lewis salió de la habitación y regresó con una botella y un vaso.

La espiritista, sacando un pañuelo del bolsillo, se enjugó los labios y no pareció sorprenderse al ver la sangre. Se había mordido la lengua.

Tomó el vaso de coñac que John le ofrecía, bebió un sorbo, miró a su alrededor y esbozó una tenue sonrisa.

—Sí —asintió—. Hice el contacto, sin duda. No es broma.

Tomó otro sorbo de coñac y, asintiendo con la cabeza, con gesto eje cansancio, dijo que quería contarles algo.

Les explicó que la primera parte de la sesión sólo era una representación, una comedia. Confesó que todo lo que había dicho al principio, sobre la caja de madera del tren, había sido siguiendo unas instrucciones que le habían dado.

Explicó que había recibido una carta conteniendo dinero, en la que le instruían para que montara la sesión y repitiera el mensaje que le daban sobre la caja de madera. Las palabras exactas estaban en la carta. El autor le prometía que, si celebraba la sesión y repetía el mensaje, recibiría un segundo pago por correo.

Concluida esa parte del relato, la mujer levantó una mano.

—Aguarden —dijo—. Hay más.

Les explicó que los acontecimientos que siguieron a la parte representada de la sesión se habían producido sin que ella interviniera en absoluto, fuera de su control.

—Sucedre en ocasiones —añadió con sencillez.

El vuelco de la mesa, la extraña voz que salió de sus labios, no habían sido una comedia, podía jurarlo. Su «don», como lo llamó, había funcionado realmente; no era la primera vez.

Trató de describir lo que sentía durante esa parte de la sesión; dijo que notaba una *presencia* que luchaba por hablar, por comunicarse.

—Era la muchacha, Cynthia.

Pero la *presencia* no pudo expresarse, dijo, excepto en las tres palabras que todos había oído: *Él me mató*.

Ninguno de los presentes supo exactamente cómo tomar el relato de la mujer. Pero estaba claro que Lena Bram creía, por lo menos, que les estaba diciendo la verdad.

Julián Shields pensó preguntarle si le permitiría ver la carta que había recibido y que le hiciera saber si tenía más noticias del autor o si recibía el pago adicional. Se lo pidió y la mujer estuvo de acuerdo con ambas peticiones.

Tras su partida, los demás permanecieron en el piso, haciéndose cábalas sobre lo que habían visto.

La mayoría estaban de acuerdo en que quien quiera que fuera el autor de la carta, o sabía algo sobre la persona desconocida que había permanecido oculta en la caja de madera del tren y que luego se llevó a Candace, o había actuado así para que se celebrara la sesión y todos oyeran la historia de la caja como medio para alejar las sospechas de sí.

En cuanto a lo ocurrido hacia el final de la sesión, la explicación más razonable y realista que pudieron hallar es que se había soltado en el comedor algún tipo de energía cinética que produjo los movimientos erráticos de la mesa. La espiritista, sin duda, se había puesto psíquicamente en trance, imaginando, y repitiendo, las palabras que creía le eran dictadas. Otra posibilidad, que ninguno quería considerar siquiera, era que la mujer realmente hubiese establecido contacto desde ultratumba con Cynthia.

Al día siguiente, Lena Bram envió a Julián Shields la carta que había recibido. Estaba escrita a mano, en mayúsculas, en una hoja de papel corriente. El mensaje era exactamente el que les había expuesto: el autor indicaba que adjuntaba el dinero, daba instrucciones sobre la sesión con la familia Robins, decía cómo tenía que representarla exactamente, y prometía más dinero cuando acabara todo.

Julián llevó la carta a un grafólogo de Londres, que no pudo ayudarle en absoluto, y a la policía, que ni siquiera se interesó realmente; envió así mismo una copia a la policía veneciana. Ahí se quedó el asunto.

Diez días más tarde, Evelyn, Julián y John Forbes, llevando consigo el cuerpo de

Cynthia, volvieron a Estados Unidos. Marshall y Lewis decidieron permanecer en Londres algún tiempo más.

Cynthia fue enterrada en el pequeño cementerio del valle Green Spring de Maryland, cerca de la finca familiar.

Durante las semanas siguientes, la familia recibió esporádicos informes de la policía de Venecia en los que se anunciaba que la investigación del misterio de las gemelas en el *Orient Express* continuaba. Pero no se produjeron acusaciones ni detenciones y, hasta la fecha, ninguno de los dos casos había sido solucionado.

CAPÍTULO 4

COPIA DE LA DECLARACIÓN DE HENRY FOWLES AL INSPECTOR ROBERT COVINGTON, DE NUEVA SCOTLAND YARD

Empecé con el caso que ahora se conoce como el de Lewis Robins al recibir en mi oficina una llamada telefónica. Me pedían que pasara por la Robins Cosmetics Company de aquí, de Londres. La persona que me llamaba se identificó como Lewis Robins.

Esto sucedió hace unos tres meses. Me entrevisté con dicho señor y me contrató para que investigase sobre Phillip Wingate, sin que me dijese lo que desdaba que averiguase. Sus instrucciones fueron que tratara de enterarme de cuanto pudiera sobre él, sus negocios; su vida privada y sus antecedentes.

Naturalmente, yo estaba enterado a través de la prensa de que la hermana de Lewis Robins había sido la esposa de Wingate durante breve tiempo, y que la habían asesinado en un reciente viaje en el *Orient Express*. Pero ni el señor Robins hizo mención a ello en nuestra primera entrevista, ni yo consideré necesario hacerlo.

Durante los siguientes días me convertí en la sombra de Wingate, al que seguí día y noche; empecé por curiosear en la tienda de antigüedades que tiene en Regent Street y que dirige él mismo. También me dediqué a husmear en diversos centros oficiales (Dirección General de Tráfico, Registro Civil, Registro de la Propiedad y Mercantil y otros) para ver qué podía descubrir sobre Wingate.



En principio, todo lo relacionado con este hombre parecía normal, incluso gris. Sin embargo, había una excepción; me refiero, naturalmente, a la muerte de su primera mujer. No había ningún secreto en ello (apareció en las páginas de sucesos de todos los periódicos londinenses): una caída inexplicable que le causó la muerte. Sin embargo, el asesinato de la segunda esposa de Wingate, la chica Robins, bueno...

Aparte de eso, como he dicho, no parecía haber nada oculto sobre Wingate; todo estaba claro como el agua. Llevaba por regla general un horario muy regular: todo el día estaba en la tienda y pasaba la noche en el piso que tenía en Eaton Square, con alguna que otra escapada a Meadlands, donde comprobé que vivía su hermana, una muchacha muy guapa llamada Ava, que también iba con frecuencia al piso de Londres. Pude descubrir que Lewis Robins veía mucho a Wingate y a su hermana; estaba claro que se interesaba por la chica, lo que me dio que pensar.

¿Por qué me ha contratado para realizar esta investigación?, me dije. Deduje que quería saber algo más de la familia Wingate antes de profundizar en sus relaciones con la muchacha.

Entretanto, mientras seguía de cerca a Wingate, continué revisando los registros y archivos oficiales en los que pudiera encontrar alguna referencia sobre él y, mientras estaba en ello, me di cuenta de algo sorprendente: no es que hubiera nada malo en dichos archivos; es que, poco a poco, empecé a percatarme de que las cosas no eran como debían ser. Por ejemplo, no tardé en averiguar que no había un solo dato, ni uno solo, sobre Phillip Wingate hasta hacía cinco años. Por no haber, no existía ni su partida de nacimiento, según pude ver.

Esto me sorprendió, lógicamente. Resultaba... demasiado raro, en especial si se tiene en cuenta que ustedes, la policía, tenían que haber descubierto esta anomalía cuando investigaron la muerte de la primera señora Wingate. No sabía qué hacer.

También Lewis Robins lo consideró anormal cuando le di cuenta de ello, pero ni él ni yo teníamos la menor idea de si se trataba de algo importante o no.

En la segunda entrevista, Lewis Robins me confió que estaba convencido de que Wingate era el responsable de la muerte de su esposa, la hermana de Robins, aunque no tenía pruebas. Me dijo que siguiera investigando para ver si descubría alguna relación entre Wingate y cualquier persona que hubiese viajado en el *Orient Express* cuando Cynthia Robins fue asesinada. «Sé que él tiene algo que ver con el asesinato de mi hermana», me dijo, y añadió: «No se va a ir de rositas, aunque tenga que ocuparme personalmente del asunto».

Continué investigando sobre Wingate, siguiéndole de cerca día y noche. Por aquel entonces me dediqué a realizar averiguaciones a fondo sobre todo el que tenía alguna relación con él.

Pasé mucho tiempo haciendo averiguaciones sobre las personas que habían ido más de una vez a la tienda y sobre las que les visitaban, a él o a su hermana, en su piso o en Meadlands. En la mayoría de los casos perdí el tiempo sin embargo, habla un tipo que me llamó la atención porque me pareció que sus visitas a la tienda, al piso de Wingate y a Meadlands se producían con bastante regularidad.

—Vaya, vaya —me dije—. Veamos quién es este individuo.

Cambié de sistema y durante algún tiempo me dediqué a seguirle. Lo primero que advertí fue que solamente estaba con Phillip o Ava Wingate cuando nadie más se encontraba presente.

Para abreviar: no me costó mucho tiempo averiguar que este tipo trabajaba en Cheltenham, o sea, donde se encuentra el centro electrónico de información del gobierno.

Bien, aquello me dio qué pensar, aunque me parecía demasiado aventurado extraer deducción alguna por el momento; decidí continuar mi seguimiento y me costó poco tiempo averiguar su nombre: Colin Strickland. Una vez que supe cómo se llamaba, fui a los registros oficiales para indagar sobre sus antecedentes y me dediqué luego a visitar los lugares donde había vivido, para hablar con sus antiguos vecinos.

Aquí tengo que hacer algún comentario: cuando estoy investigando algo, acostumbro tomar fotografías (con una cámara oculta, naturalmente) de todo aquello que pueda resultar importante para mis pesquisas. Pues bien, cuando empecé a preguntar a la gente que vivía donde había residido Strickland, todos mencionaban a una hermana suya, al tiempo que resaltaban lo bien que ambos se llevaban.

Aquello me dejó un tanto perplejo porque, en todo el tiempo que estuve siguiéndole, jamás le vi con una mujer, excepto, naturalmente, Ava Wingate. Cuando constaté esto, volví al Registro Civil para mirar la partida de nacimiento de la chica; pues bien, tampoco existía, igual que ocurría con Phillip Wingate. Sin embargo, encontré una partida de una tal Ava Strickland que, a juzgar por la fecha, debía tener la misma edad que Ava Wingate. Ni que decir tiene que volví a donde había residido Strickland. Esta vez mostré la fotografía de la muchacha a las personas con las que hablé, lo cual resultó muy efectivo. La gente identificó a Ava Wingate como a Ava Strickland.

Ni siquiera con esta información (que aún no había puesto en conocimiento de Lewis Robins) sabía por dónde andaba. Decidí seguir haciendo lo único que se me ocurrió: alternar la vigilancia de Phillip Wingate con la de Colin Strickland.

Fue mientras estaba dedicado a esta tarea cuando me vino a la cabeza un dato que me había pasado desapercibido mientras vigilaba a Wingate y a su tienda: inmediatamente después de cada entrevista entre éste y Colin Strickland, un hombre (siempre el mismo) visitaba la tienda y salía con alguna compra. Era un tipo algo mayor, más bien gordo.

Tuve que cambiar mis planes una vez más y empecé a seguirle. Advertí que era el primero, entre todos los implicados en el caso, que adoptaba precauciones para evitar que le siguieran, aunque nunca llegó a descubrirme. Sin embargo, hizo un recorrido lleno de vueltas y revueltas a bastante velocidad y, realmente, la primera vez se las arregló para escabullirse.

La siguiente semana me dediqué a vigilar la tienda de Wingate hasta que el hombre entrado en carnes apareció de nuevo. Le vi salir como de costumbre con su compra y, esta vez, me las arreglé para no perder su pista. Finalmente me condujo a su punto de destino: la embajada rusa, como usted sabe.

Desde luego, por aquel entonces ya tenía yo una idea bastante aproximada de lo que estaba sucediendo, pero no tuve la oportunidad de ensamblar todas las piezas.

Apenas había entrado aquel hombre en la embajada cuando aparecieron dos gorilas que me cogieron cada uno por un brazo y me metieron con ellos en un coche que partió como una flecha. Le confieso, inspector, que pensé que iban a acabar conmigo. No me cabía la menor duda.

Los dos gorilas, que habían entrado en el coche detrás de mí, me tiraron al suelo, de manera que no podía ver por dónde íbamos. No sé cuánto duró el viaje, que hacíamos a toda velocidad, pero se me antojó eterno. Cuando paramos, me sacaron del vehículo y me arrastraron por el pavimento hasta un edificio en el que no había ni una luz. Todo fue tan rápido que no pude ver nada.

Subimos en un ascensor y los dos tipos que me escoltaban me hicieron entrar a empujones en un despachito en el que no había más que unas sillas y una mesa. Me obligaron a sentarme, se colocaron al otro lado de la mesa y empezaron a lloverme preguntas, como si fueran ráfagas de ametralladora.

¿Quién es usted? ¿Por qué seguía al hombre que entró en la embajada? ¿Qué hacía en la tienda de antigüedades de Wingate cuando llegó aquel hombre? ¿Por qué estaba enterado de lo que hacía? ¿Para quién trabaja? ¿Quién? ¿Qué? ¿Por qué? ¿Dónde? No había terminado de contestar a una pregunta cuando ya me habían hecho otra. No me estoy disculpando. Sé que tenía que haber dejado al margen a mi cliente, Lewis Robins, pero no pude evitar contarle todo: lo que hacía y lo que sabía. Estaba desconcertado.

Me exigieron el carné; les di la cartera y el que la había tomado salió y estuvo mucho tiempo ausente, supongo que comprobando mi identidad. Entonces pensé que si hubieran sido agentes rusos no se habrían tomado tantas molestias: se hubieran limitado a quitarme de en-medio. Me sentí mejor.

El tipo que había salido volvió al fin, me arrojó la cartera e hizo un gesto a su compañero. Entonces me dijeron que eran agentes del Servicio Secreto Británico: del D16.

Me ordenaron que abandonara mis pesquisas y me olvidara de todo lo relacionado con Phillip Wingate y sus amistades. Así, sin rodeos. De la forma más inocente me había visto envuelto en un asunto de seguridad nacional; me amenazaron con la cárcel si repetía a alguien lo que acababan de decirme. Tenía que abandonar el caso Wingate y advertir a mi cliente, Lewis Robins, que era peligroso que tratara de averiguar cosas sobre su excuñado. Eso era lo único que podía decirle, lo que tenía que decirle. Ni una palabra más.

Me llevaron a mi oficina y, todavía hoy, no sé dónde estuve.

Vi a Lewis Robins al día siguiente; le dije que abandonaba el caso y le advertí, todo lo firmemente que pude, que se olvidara de Phillip Wingate y regresara a Estados Unidos.

Robins no acogió bien mis sugerencias: debió pensar que me habían comprado. Lo malo es que me advirtió que iba a terminar el asunto con Wingate aquella misma noche; que se enfrentaría a él porque estaba convencido de que Wingate quería

matarle.

Intenté con todas mis fuerzas hacerle razonar, inspector, pero no me escuchó.

Cuando salí de su casa me sentía terriblemente inquieto. Pensé que estaba en deuda con el americano; así que, a pesar de las advertencias de los tipos del DI6, decidí seguir a Lewis Robins aquella noche. Después de todo, no me habían prohibido vigilarle a él.

Estuve rondando por los alrededores de las oficinas de Robins Cosmetics hasta bien entrada la noche; finalmente, salió Lewis Robins, cogió el coche y se alejó. Le seguí a distancia. Fue directamente a casa de Wingate; éste le esperaba en la calle, subió al coche y se fueron. Les seguí a distancia.

Se dirigieron al muelle. Como yo me mantenía lejos, pude ver que les seguía otro coche, entre el de ellos y el mío, en el que iba un hombre.

Ya sabe usted lo que sucedió cuando el coche de Robins llegaba al muelle: se produjo una tremenda explosión y el automóvil quedó envuelto en llamas. Ni que decir tiene que Robins y Wingate perecieron carbonizados al no poder escapar.

Permanecí en aquel lugar sólo el tiempo necesario para ver quién iba en el otro coche antes de que se alejase. Como usted sabe, más tarde pude identificarle como Marshall Robins, el hermano de Lewis, por las fotos que me mostraron aquí, en Scotland Yard. Aunque me lo han preguntado repetidamente, no sé por qué Marshall Robins conducía el coche de Wingate. Lo ignoro. Me dijeron que Marshall Robins declaró que Wingate le había pedido que les siguiera en su propio coche para poder regresar en él cuando terminara de hablar con Lewis Robins. Hasta donde yo sé, podría ser verdad.

Terminaré diciendo que no tengo la menor idea sobre quién mató a Lewis Robins y Phillip Wingate. Lo digo a sabiendas de que he sido un idiota por no darme cuenta de que Phillip Wingate era un agente de la KGB. Desenmascarado por el servicio secreto británico (sin que él se hubiera dado cuenta), le dejaban actuar para averiguar las andanzas de sus contactos rusos en Inglaterra. Ésta puede ser la razón por la que la policía no puso demasiado empeño en descubrir las circunstancias de la muerte de su primera esposa, aunque sospechara que la había matado él, o del asesinato de su segunda mujer; de todas formas, creo que en el *Orient Express* había muchos testigos que manifestaron era completamente imposible que hubiera podido cometer dicho crimen.

Sí, señor. Ya sé que no puedo comentar el asunto con nadie, ni siquiera pensar en él. Los del servicio secreto me dijeron lo mismo cuando me informaron que Colin Strickland y su hermana Ava habían huido al extranjero tras la muerte de Wingate y Lewis Robins.

No tengo ni la menor idea de quién puso la bomba en el automóvil de Lewis Robins aquella noche. Le he dicho todo lo que sé.

CAPÍTULO 5

La muchacha pensó aterrorizada que iba a matarla. Tuvo la certeza de ello cuando le vio coger el almohadón del sofá. Llena de terror se dijo, absurdamente, que aquella melodía que estaba transmitiendo la radio se titulaba «Laura».

—¡Oh...! —empezó a decir.

El «¡no!» que ya acudía a sus labios hubiera sido un grito estridente, pero no llegó a pasar de su garganta; el almohadón se aplastó contra su rostro dejándola casi sin respiración y ahogando su voz.

Luchó con desesperación; su cuerpo fue cayendo del sofá hasta quedar tendido en el suelo, con el almohadón presionado sobre su cara. Lo mordió salvajemente, desgarrando el tejido con los dientes intentando ansiosamente respirar. Sentía que el ahogo se iba apoderando de ella, pero siguió luchando, moviendo la cabeza a uno y otro lado. Ya no podía respirar y el hombre seguía apretando. El cuerpo de la muchacha hizo un último y espasmódico movimiento; luego, se quedó quieto, sin vida...

La señora Margaret Carmody, el ama de llaves-cocinera, descubrió el cadáver de la joven en la sala de estar cuando llegó, a las ocho de la mañana del día siguiente, para realizar su trabajo. Estaba al borde de la histeria cuando llamó a la policía y le dio cuenta de su macabro hallazgo.

Los agentes llegaron quince minutos después.

El cuerpo estaba en el suelo, con un almohadón cubriéndole la cara.

Se encargó del caso el detective William Raylor, a quien acompañaban tres policías: otro agente de su departamento y dos patrulleros.



Después de comprobar que la mujer estaba muerta, Raylor preguntó al ama de llaves:

—¿Quién era?

—La dueña de la casa —respondió la señora Carmody, enjugándose los ojos con el pañuelo—. La señora Pittman, la señora Libby Pittman.

Raylor empezó rápidamente a dar órdenes. Dio instrucciones a su compañero para que llamara desde el coche patrulla al juez y al forense; uno de los patrulleros fue con la señora Carmody, que iba a telefonar a los demás miembros de la familia, a fin de informarles sobre el asesinato y pedirles que vinieran.

El propio Raylor llevó a cabo el registro de toda la casa. El desorden era tremendo: cajones volcados, papeles dispersos, ropa tirada por el suelo, mesas caídas, armarios vacíos (los trajes estaban amontonados por doquier).

La policía se dedicó durante las dos horas siguientes a tomar fotos y a buscar huellas digitales, así como a examinar el cadáver. El forense calculó que la muerte se había producido entre las seis de la tarde y la medianoche (la autopsia realizada en el depósito de cadáveres lo confirmó posteriormente). El teniente Raylor deseaba conocer la hora aproximada del fallecimiento antes de hablar con el marido y los

restantes familiares de la víctima, que estaban empezando a llegar.

Al primero que telefoneó el ama de llaves, Marshall Robins, llegó de inmediato a la casa, y poco después apareció Evelyn, acompañada de Julián Shields; casi pisándoles los talones llegó John Forbes. El marido de Libby, George Pittman, lo hizo una hora más tarde (había pasado la noche fuera de la ciudad y no se enteró de la tragedia hasta que llamó a su domicilio).

Cuando estuvieron todos reunidos, Raylor dijo:

—A juzgar por las pruebas que hemos obtenido hasta ahora, parece un caso de robo con allanamiento de morada. Quizá haya intervenido más de una persona. La señora Pittman debió sorprenderles y la mataron.

Observó el efecto que producían sus palabras sobre los presentes.

—Apoya mi tesis —prosiguió— el hecho de que esta zona ha sufrido últimamente una serie de robos de este tipo; cinco, concretamente, el mes pasado. Por fortuna, en los demás casos no había gente en las casas cuando se cometieron los robos, lo que evitó que hubiera víctimas...

—¡No creo que haya sido así! —interrumpió Evelyn gritando.

El teniente Raylor se volvió rápidamente.

—¿Por qué dice eso?

Evelyn movió la cabeza sin contestarle. Raylor repitió la pregunta y Julián Shields dijo:

—Teniente, la señora Robins ha sufrido varios traumas en los últimos meses...

Julián, que había tomado del brazo al policía, le condujo a otro lugar del salón, mientras le explicaba la serie de muertes producidas en la familia Robins a lo largo de un año.

—Comprendo —dijo el teniente tras escuchar el relato—. Pero no estoy convencido de que esta muerte sea un simple caso de robo con allanamiento de morada, pese a lo que he dicho hace un momento.

Julián le miró con curiosidad.

—Dejando de lado la exclamación de sorpresa de la señora Robins, ¿qué le hace pensar que puede haber algo sospechoso en la muerte de Libby Pittman? A mi entender, alguien penetró en la casa para robar y, como usted dijo, ella le sorprendió.

—Sí —dijo Raylor lentamente—, tiene todo el aspecto, quizá demasiado evidente, de que haya sido así.

Julián frunció el ceño.

—No entiendo lo que quiere decir.

El teniente añadió con suavidad:

—¿Ha oído la expresión «arenque rojo»?

—Desde luego —asintió el abogado.

—Entre la gente del hampa de estos contornos llaman así al que se toma un enorme trabajo para que las cosas parezcan lo que no son; para despistar, vamos —miró en torno—. Bien, eso es lo primero que me vino a la mente cuando registré la

casa, y lo que me ha dicho sobre las muertes ocurridas en la familia Robins confirma mis sospechas.

Poco más podía añadir el detective a lo dicho, pero decidió interrogar a todos los que se encontraban en la casa. Quería saber dónde había estado cada uno entre las seis de la tarde y medianoche.

Julián Shields y el doctor Forbes se encontraban lejos de allí, en Nueva York, y ambos, según hicieron constar, tenían testigos que podían corroborar sus palabras: Shields había estado cenando con un cliente y fue después al teatro con él; Forbes, por su parte, estuvo con Evelyn Robins: la llevó a un concierto en el Lincoln Center y después a cenar.

El policía averiguó que Marshall Robins había tenido también una cita para cenar, con su hermana Libby, la muerta. Contó que había llegado a la casa sobre las ocho de la noche para recogerla, pero todo estaba a oscuras y nadie respondió a sus repetidas llamadas. Tampoco su coche estaba en la calle ni en el garaje. Esperó unos tres cuartos de hora la llegada de su hermana. Sabía que su cuñado, George Pittman, estaba fuera (ésta era la razón por la que había quedado con Libby) y no sabía a quién podía llamar para localizar a la muchacha. Terminó por marcharse, un tanto preocupado, aunque no alarmado. Regresó a la ciudad, al apartamento de Lewis Robins, que ocupaba desde la muerte de éste.

George Pittman había pasado la noche en Washington D. C. y podía probarlo. Sólo había un fallo en su declaración: podía haber tenido tiempo suficiente para matar a su mujer a las seis y estar de regreso en Washington a la hora que decía.

El detective dejó para el final a Evelyn, ya que John Forbes ya había dicho dónde se encontraba aquélla a la hora del crimen; de todos modos Raylor quería saber algo más sobre su exclamación «¡No creo que haya sido así!», cuando el detective manifestó que quizá hubiese sido un ladrón quien mató a Libby Pittman.

—Tal vez no debí decirlo, teniente —respondió Evelyn hablando lentamente—. No tengo pruebas y no se deben hacer acusaciones que no se puedan demostrar.

Raylor sonrió para infundirle seguridad.

—Puede hablar libremente, señora Robins. Estamos investigando un caso de asesinato, y la única forma de resolverlo es mediante la acumulación de datos para tratar de averiguar la verdad. Por favor, diga lo que piensa.

Evelyn asintió con un gesto.

—Creo que a mi hija la mató un antiguo empleado de mi difunto marido, un tal Ernest Truax.

Pasó a explicar que su esposo, Tyler Robins, había descubierto meses atrás que Truax vendía información sobre los nuevos cosméticos de Robins Cosmetics a un competidor. Dijo que su marido habló con el dueño de la firma rival para «pedirle daños y perjuicios», según sus propias palabras.

Después del asesinato de Tyler Robins —prosiguió— el competidor se había entrevistado con ella y le había indicado que prefería pagar antes que ir a juicio,

aunque luego cambió de idea. En consecuencia, Robins Cosmetics había emprendido las acciones legales pertinentes y no tardaría en señalarse la vista de la causa.

—¿Dónde, exactamente, encaja su hija en esta historia? —preguntó el teniente.

—Era el principal testigo de cargo —dijo Evelyn—. Trabajaba en el mismo departamento que Ernest Truax y fue la que descubrió que estaba robando información sobre los productos recién creados por Robins Cosmetics, para venderla. Hay más pruebas, pero creo que el testimonio de mi hija era crucial, y mis abogados comparten mi opinión.

—Investigaremos minuciosamente sobre Ernest Truax —dijo Raylor con firme acento.

William Raylor era un policía inteligente, entregado a su profesión. Durante varias semanas se dedicó, día y noche, a buscar la causa del asesinato de Libby Pittman.

Había confiado en que los del laboratorio forense podrían ayudarle, pero no fue así. No consiguieron encontrar en la casa ninguna huella que pudiera conducir a alguien; había muchas: de George Pittman, de Marshall Robins y de otros miembros y amigos de la familia, pero todas podían ser anteriores al crimen.

Lo que mayor decepción le causó fue que el almohadón del sofá no le dio pistas. No sólo carecía de rastros del presunto asesino; por extraño que parezca, tampoco los había sobre el rostro de la víctima: ni saliva, ni marcas, ni huellas. Tuvo que considerar la posibilidad de que la muerte por asfixia la hubiese producido algo totalmente distinto, pero no consiguió encontrar dicho objeto pese a su minuciosa búsqueda por toda la casa.

El teniente no excluía la posibilidad de que Libby Pittman hubiese perecido a manos de algún familiar o amigo, habida cuenta de las muertes de los demás parientes en tan corto tiempo. Interrogó sin descanso a todos cuantos pudieran tener relación con el crimen, especialmente al marido, George, y al hermano, Marshall. Tampoco esta vez pudo constatar su presencia en el lugar y a la hora del crimen, aunque no les excluyó como sospechosos.

Durante el interrogatorio de George Pittman, éste apuntó convencido su creencia de que el autor de la muerte de Libby era Marshall. Según él, su cuñado y Libby habían discutido acaloradamente durante la reunión celebrada por el consejo de administración de Robins Cosmetics. Pittman dijo que, habiendo muerto varios miembros de la familia que eran consejeros, Libby opinaba que su marido debía formar parte de la junta como uno más de la familia, a lo que se opuso rotundamente Marshall. La noche en que Libby y su hermano iban a ir a cenar, la muchacha pensaba comunicar a Marshall que Evelyn apoyaba su idea, añadió George Pittman. Como solamente quedaban tres votos (los de Evelyn, Libby y el propio Marshall), la muchacha, secundada por su madre, se saldría con la suya. Además, señaló Pittman, Marshall era el único, entre todos los miembros de la familia, que había estado presente cuando murieron o desaparecieron los demás: Tyler, James, Cynthia y

Lewis.

Ni siquiera con esta información pudo el teniente Raylor probar que el responsable de la muerte de Libby fuera su hermano.

Tampoco le fue propicia la suerte con quien quizá tenía más motivos para asesinar a la muchacha: Ernest Truax. Ni siquiera cuando la policía encontró una anotación en la agenda de Libby Pittman: *Truax, 8 de la noche*.

La policía no encontró manera alguna de relacionarle con el crimen, simplemente a causa del tiempo: el período entre las seis de la tarde y medianoche, establecido por la autopsia.

Precisamente a esas horas y la noche del crimen, Ernest Truax había celebrado una fiesta en su casa, a unos ocho kilómetros de la de los Pittman, y contaba con un puñado de testigos. Había empezado a las cinco y media, y se prolongó hasta la una de la madrugada. Aunque ninguno de los presentes podía firmar que Truax hubiese estado allí toda la noche, fueron unánimes al afirmar que no faltó, desde luego, durante el tiempo que le hubiese sido necesario para ir hasta casa de los Pittman y volver. Cuando le preguntaron sobre la anotación de la agenda, Truax respondió que Libby le había telefoneado a las ocho de la noche para decirle que deseaba hablar con él al día siguiente.

El teniente Raylor se encontró con que su sospechoso más firme le había metido en un callejón sin salida.

En el curso de la investigación del asesinato de Libby Pittman, el teniente Raylor interrogó, siguiendo la costumbre en tales casos, a cuantas personas vivían en las inmediaciones del teatro del crimen. No había vecinos inmediatos (la vivienda más próxima estaba a unos doscientos metros de distancia) y la señorita Agnes Ellsworth, propietaria de la casa más cercana, iba a proporcionarle un sinnúmero de presuntas pistas sobre el caso, y no menos dolores de cabeza.

Ya en su primera visita, poco después de que fuera descubierto el cuerpo de Libby, la señorita Ellsworth hizo gala de enciclopédicos conocimientos sobre la vida y milagros del matrimonio Pittman.

—¡Qué tragedia! —dijo a Raylor cuando éste le informó de la muerte de Libby—. Estaban siempre muy atareados; supongo que era inevitable que algo así les sucediera o bien a ella o bien a él.

Aquella observación le sonó muy rara a Raylor, pero sabía por experiencia que cuando se les interrogaba por primera vez, los testigos solían dejar escapar comentarios que no eran intencionados, y que se volvían cautos si el interrogador insistía sobre lo que habían dicho.

En consecuencia, Raylor no respondió; se limitó a estudiar detenidamente a su interlocutora.

Agnes Ellsworth era una mujer de estatura media, cabello blanco y alegre rostro de mejillas rubicundas. Sus ojos verdes tenían un brillo malicioso y juguetón. El policía supuso que era solterona y que procedía de una familia adinerada. La

investigación posterior de sus antecedentes le demostró que ambas deducciones eran erróneas.

La casa estaba impoluta y, al otro lado del mirador de cristales donde se habían sentado a charlar, había una espléndida rosaleta.

—No conocía muy bien a los Pittman —dijo Agnes Ellsworth—, pero a juzgar por sus idas y venidas, especialmente estos últimos días, pensé: «¡Cielos, algo está pasando!» —y miró a Raylor con ojos brillantes—. Y ahora viene usted a decirme que se ha cometido un asesinato. ¡Madre mía!

El policía echó un vistazo por la ventana del mirador, y dijo:

—¿Dice que veía mucho movimiento en casa de los Pittman? ¿Es que puede ver la casa desde aquí con tanto detalle?

La señorita Ellsworth asintió con un gesto. Dijo que esperaba que no creyera que era una entrometida si le mostraba cómo observaba la casa de sus vecinos y le condujo al piso superior. Entraron en un dormitorio de grandes proporciones, bien ventilado.

—Mi alcoba —dijo.

Se acercó a la ventana orientada hacia la casa del crimen. Raylor la siguió. En el alféizar de la ventana había unos prismáticos de gran alcance; la dueña de la casa los tomó, miró por ellos y se los dio al teniente.

—Vea usted —dijo.

Cuando Raylor se llevó los prismáticos a los ojos se quedó sorprendido: la distante casa y los terrenos donde estaba construida aparecían como si estuvieran al alcance de la mano.

La señorita Ellsworth ni siquiera se disculpó del espionaje al que sometía a sus vecinos.

—He leído en los periódicos —dijo— que muchos departamentos de policía alientan a los ciudadanos a convertirse en lo que llaman «vigilantes vecinales», y que incluso les facilitan prismáticos a muchos de ellos. Eso me dio la idea. Pensé que alguien debería ocuparse de las cosas que pasan por aquí.

—Muy bien —respondió Raylor—. Ahora, dígame: ¿observó algo anormal en aquella casa la noche del crimen?

—No —la anciana agitó la cabeza—. En aquellos momentos no estaba vigilando. Puede estar seguro —prosiguió— de que hubiera prestado más atención de haber sabido lo que estaba pasando.

—Estoy seguro de ello —dijo el teniente.

Le preguntó seguidamente sobre su afirmación de que los Pittman estaban siempre tan ocupados que había dado por supuesto que, inevitablemente, les sucedería algo a uno de los dos.

Ella le explicó que, desde que eran vecinos, el matrimonio parecía llevar una vida tranquila, apacible, y que solían llegar a casa temprano, prácticamente al mismo tiempo casi todas las tardes. Casi nunca había advertido que recibieran visitas.

—Pero, en los últimos días —prosiguió— he visto a un hombre que les visitaba; bueno, que visitaba a la señora Pittman poco después del mediodía, cuando ella dejaba el trabajo para venir un rato a casa; luego, el hombre se iba y a poco salía ella.

El teniente Raylor no estaba seguro de lo que pudiera significar aquello, pero pidió a la señorita Ellsworth una descripción del visitante.

La que le ofreció fue bastante general; el policía tomó notas en un bloc. Después le agradeció su ayuda y le pidió que no dejara de informarle si recordaba o veía algo más.

—¡Desde luego! —dijo ella encantada—. Lo haré con sumo gusto. Me siento como si yo misma fuera un detective.

Durante los días que siguieron, el teniente Raylor tuvo muchas ocasiones para comprobar hasta qué punto se sentía policía la señorita Ellsworth.

A partir del día de su visita, la mujer le telefoneaba continuamente para sugerirle nuevas teorías: Libby Pittman tenía un romance con el hombre que la visitaba por las tardes; la esposa del visitante lo había descubierto y había asesinado a su rival, o hizo que la mataran; había sido George Pittman quien lo descubrió y vengó su honra, por sí mismo o por medio de terceros.

No dejó el teniente Raylor de investigar todas estas posibilidades, pero las teorías de la señorita Ellsworth cayeron por tierra cuando averiguó, a través de la descripción que ella le había facilitado, que el misterioso visitante no era otro que B. J. Grieg, el investigador privado de la familia Robins y que, además, George Pittman era conecedor de sus visitas. Cuando Raylor interrogó a Grieg, el investigador le dijo que Libby Pittman le había contratado para que hiciera averiguaciones sobre Ernest Truax, el hombre contra el que iba a declarar en juicio. Sin embargo, Grieg carecía de información que pudiera relacionar a Truax con el asesinato.

Además de interrogar al propio Truax, Raylor sostuvo largas entrevistas con Paul Bryce; éste había asistido también a la fiesta que dio el primero, y varios testigos afirmaron que estuvo con ellos durante el período de tiempo a que se había referido la autopsia. Se vio obligado por ello a eliminarle como sospechoso.

Diez días después del asesinato, el caso dio un paso adelante que hizo a Raylor concebir la esperanza de llegar a una solución: detuvieron a un ladrón que estaba saqueando una casa situada a tres kilómetros de la de los Pittman. El detenido, un expresidiario de treinta y cinco años de edad, se llamaba Tony Spadua. La policía tenía el convencimiento de que era el autor de los robos con escala producidos en la zona, e hicieron cuanto les fue posible para demostrar que había asesinado a Libby Pittman.

El teniente Raylor puso a la señorita Ellsworth frente a una fila de hombres entre los que se encontraba Tony Spadua; le identificó como la persona a la que había visto rondar por casa de los Pittman los días que precedieron al asesinato, pero, por desgracia, también reconoció a otro hombre: un detective. Raylor pensó que su identificación de Spadua resultaba poco fiable.

Sin embargo, como se ha dicho, la policía trató de inculparle. Raylor, turnándose con un grupo de detectives, interrogó al sospechoso durante horas. En un par de ocasiones, el teniente llegó a pensar que Spadua se derrumbaba y que acabaría confesando.

También esta pista se esfumó en el aire cuando, cierta mañana, hallaron muerto a Tony Spadua en su celda. Se había cortado las venas de las muñecas.

El teniente Raylor no podía desterrar la idea de que el asesino de Libby Pittman había dejado «arenques rojos» nadando por doquier, haciendo aparecer el crimen como un robo para encubrir su móvil. Pero seguía sin encontrar prueba alguna sobre la identidad del asesino. El caso quedó abierto en los archivos policiales.

Como de costumbre, fue George Pittman el encargado de proyectar la tumba en la que habría de reposar su mujer en el pequeño cementerio del valle Green Springs.

Algunos días después, George Pittman anunció que pensaba construir un monumento en honor de todos los miembros de la familia que habían muerto, incluso de aquellos cuyos cuerpos desaparecieron, como en el caso de Tyler Robins. Como si de una antigua pirámide faraónica se tratara, contendría objetos y artículos relacionados con los fallecidos.

Evelyn y Marshall visitaron el taller de George cuando el monumento se encontraba aún en fase de proyecto: era una enorme esfera hueca de hormigón armado recubierta de mármol. George realizaba el trabajo en solitario, sin ayuda de nadie.

Evelyn lo consideraba un extraño empeño por su parte, pero supuso que sería una forma de calmar el dolor que le había producido la pérdida de su esposa. Le dejó hacer.

CAPÍTULO 6

En la isla se encontraban diez personas; nueve de ellas habían sido invitadas por el doctor Forbes.

Éste había descubierto aquel paraje en un crucero que realizó por allí, y había alquilado la única casa construida en la isla para pasar las vacaciones: un impresionante castillo de piedra que se alzaba en el centro de aquel trozo de tierra de poco más de doscientas cincuenta hectáreas, como una fortaleza que surgiera desafiante del mar.

Las diez personas eran: el anfitrión, John Forbes; Evelyn Robins y Julián Shields; Marshall, George Pittman; Geneviève, la viuda francesa de James Robins; el mayordomo y el ama de llaves de los Robins, Alfred y Dorina Wales; los dos invitados restantes eran una sorpresa que les había reservado.

John Forbes les dijo que la razón para invitarles había sido, en parte, la próxima boda de Evelyn Robins y Julián Shields. Ambos habían pasado muchas horas juntos, dirigiendo los negocios de Robins Cosmetics, desde la muerte de Tyler Robins. Sin embargo, el anuncio de su proyectado matrimonio cogió por sorpresa a la mayoría de sus conocidos. John Forbes, que sin duda lo había previsto, aceptó la noticia con aparente tranquilidad e insistió en que pasaran las vacaciones en la isla.

Tras un viaje en avión, llegaron juntos al embarcadero, donde tomaron una lancha. Ésta fue apalabrada para regresar cada tres días, llevar suministros y recoger a cualquiera que deseara volverse durante el mes que duraría la estancia en la isla.

John había contratado a varias personas que vivían en las inmediaciones del embarcadero para que todo estuviera listo en el castillo cuando llegaran. A partir de entonces, Alfred y Dorina se cuidarían de cocinar y de las tareas de la casa.

—Es un lugar encantador. Hay tanta paz aquí —dijo Evelyn besando a John en la mejilla—. Has sido muy atento preparando este viaje.

Marshall bromeó con Geneviève.

—Parece el castillo de Drácula —opinó en cuanto vio el edificio.



A decir verdad, el lugar tenía, especialmente durante la noche, un aspecto tétrico, sobrecogedor, solitario, con sus docenas de habitaciones cerradas y silenciosas. Se sucedían éstas a lo largo de la escalera de caracol que ascendía desde el salón de entrada, en la planta baja, hasta la elevada torre.

Sin embargo, durante el día, el panorama era distinto: la isla estaba bañada por el sol de un cielo sin nubes y el mar parecía un espejo resplandeciente.

Los invitados iban a nadar casi todos los días, se tumbaban en la playa a tomar el sol, comían más de lo habitual y pasaban la velada viendo una película (habían hecho llevar el proyector) o jugando a los crucigramas. Evelyn y Julián solían pasear por la isla, cogidos de la mano como dos adolescentes.

No mucho después de que se iniciaran sus vacaciones, los invitados advirtieron que entre Marshall y Geneviève, la viuda de su hermano James, había surgido un idilio. Un mes antes, Marshall había conseguido el divorcio de Pamela, de la que estaba separado. Por su parte, Geneviève había dejado a su pequeño hijo en Francia.

Evelyn estaba profundamente disgustada por la creciente intimidad entre su hijo y su nuera; se lo hizo saber a Marshall y llegó a sugerirle que se volviera a su casa, pero él se negó a escucharla.

También Marshall estaba molesto. Por dos razones: en primer lugar, por la tensión existente entre él y George Pittman, la cual había empezado a percibir tras la muerte de Libby, aunque George nunca le dijo lo que le pasaba.

La segunda razón que molestaba a Marshall era la inminente boda de su madre con Julián Shields. Puesto que no quedaba nadie de su familia con quien pudiera sincerarse, lo hizo con John Forbes.

—Creo que entre Julián y mi madre las cosas han ido demasiado deprisa —dijo Marshall—. Sé que cuando se casen, él tiene la intención de hacerse cargo de Robins Cosmetics. De hecho, se las ha arreglado para que ella le haya dado poderes para que actúe en su nombre en sus negocios. Me preocupa que pueda ser un astuto oportunista.

La reacción de John Forbes fue brusca.

—¿Te preocupa tu madre o el negocio? —preguntó secamente.

—Ambos —respondió Marshall con brutal franqueza.

—Eres sincero —aprobó Forbes—. ¿Has intentado hablar de ello con tu madre? Marshall agitó la cabeza dubitativa.

—¿De qué serviría? Ya está bastante contra mí a causa de mis sentimientos hacia Geneviève.

—Tu madre —dijo John Forbes con acento realista— es una mujer muy romántica. Creo, por otra parte, que estás equivocado respecto a Julián. Desgraciadamente. Digo desgraciadamente porque, si no lo estuvieras, yo aún tendría una oportunidad. Creo que están sincera y profundamente enamorados. Lo cual todavía es más penoso para mí.

Los dos invitados que John Forbes había llevado como sorpresa tenían la misión de entretener a los restantes: Joachim, el mago, y Genet, su ayudante, que estaban en el *Orient Express* cuando asesinaron a Cynthia.

Cuando empezó a proyectar sus vacaciones, John Forbes buscó al mago y a su ayudante, y tuvo la suerte de hallarlos cuando estaban descansando entre dos contratos. Les pidió que fueran a la isla durante un par de días para divertir a sus amigos.

A ninguno de los presentes se le ocultó que John Forbes se sentía atraído, y no poco, por Genet, y que buscaba cualquier excusa para estar con ella. Realmente, la muchacha era una auténtica belleza y parecía que tampoco John Forbes le era a ella indiferente. Sin embargo, fue en concreto Evelyn quien observó que Joachim trataba de ocultar el disgusto que le producían las crecientes relaciones entre la muchacha y John Forbes, aunque éste parecía no advertir los sentimientos del mago.

La noche elegida por John Forbes para la representación de Joachim, todos los invitados se reunieron en la sala de estar, formando un círculo de sillas en cuyo centro colocó Genet un pequeño estrado y una mesita cubierta con un paño. Montó, seguidamente, un foco que iluminaba el estrado y los rostros de los espectadores. Apagaron las demás luces de la sala y, una vez que todo estuvo listo, Joachim hizo una teatral entrada, subiendo al estrado, donde le esperaba Genet.

Vestía de esmoquin y se cubría con una larga capa de seda negra con forro escarlata. La muchacha se situó junto a él con su traje largo de color negro y una gargantilla destellante de diamantes. Formaban una pareja maravillosa.

Joachim se inclinó solemnemente ante los espectadores, se irguió y elevó las manos moviendo rápidamente sus largos y bien formados dedos. Genet tradujo el mensaje en voz alta.

—Joachim dice que se siente honrado de actuar para ustedes esta noche. Dice que la magia que van a presenciar es como la vida misma... pura ilusión. Les agradece la atención que le prestan.

El mago se despojó de su capa, la dejó sobre la mesa y gesticuló de nuevo rápidamente, mientras la joven pedía que alguien le acercara un libro de la estantería situada junto a la chimenea.

Evelyn se levantó, fue a por el volumen y se lo entregó a Joachim, que, rápidamente, pasó las páginas del libro para demostrar que nada había oculto en su interior. Seguidamente lo entregó a Genet. Mientras la muchacha permanecía de pie sosteniendo el libro en las manos, el mago recogió la capa, la agitó en el aire y la dejó caer al suelo mientras alzaba la mano fuera del círculo luminoso y, aparentemente de la nada, sacaba una rosa roja.

Tomó seguidamente el libro de manos de la muchacha y lo depositó, abierto, sobre la mesa. Colocó la flor entre sus páginas y después lo cerró. A continuación hizo flotar la capa sobre la mesa, haciendo desaparecer la rosa del interior del libro, que Genet devolvió a Evelyn.

—Dice que haga el favor de sostenerlo —dijo.

Los dedos de Joachim se movieron con rapidez una vez más, y Genet tradujo:

—Dice que tenga la amabilidad de citar en voz alta el número de una página cualquiera, señora.

Evelyn asintió con un gesto.

—Página cuarenta y cinco.

—Joachim dice que abra el libro por la página que ha dicho, por favor.

Evelyn asintió de nuevo, abrió el libro por la página que ella misma había indicado y dejó escapar una alegre exclamación de sorpresa al descubrir un pétalo de rosa.

Siguiendo las instrucciones de Genet, el libro pasó de mano en mano; cada uno citaba, antes de tomarlo, el número de una página y, en todos los casos, encontraron un pétalo de rosa al abrirlo por donde habían dicho.

El grupo premió a Joachim y Genet con fuertes aplausos.



Durante una hora, el mago fue haciendo un truco tras otro, cada uno más sorprendente que el anterior. Tres de ellos, en especial, maravillaron por completo a los espectadores.

En uno de ellos, Joachim tomó una baraja lanzándola al aire más allá del círculo luminoso. Mientras las cartas atravesaban la penumbra y se elevaban, Genet pidió a los espectadores que eligieran una.

—La reina de picas —gritó Marshall.

Ante los ojos maravillados y sorprendidos de todos, desde la oscuridad cayó una sola carta que fue a posarse suavemente y boca arriba, sobre el estrado: era la reina de picas.

Durante un momento el silencio fue absoluto, mientras todos esperaban a que cayeran las restantes cartas. Cuando, tras un momento, comprobaron que el resto de la baraja había desaparecido en el aire, prorrumpieron en aplausos y risas.

Quizás el truco que más impresionó a los espectadores fue uno en el que Joachim hizo que John Forbes subiera al estrado y tomara asiento en una silla de respaldo recto. Genet, que se había ausentado unos momentos, regresó portando un largo y reluciente sable que entregó a Joachim. El mago lo sujetó con una mano y, con la otra, tomó la capa de encima de la mesa y cubrió con ella a John Forbes de los pies a la cabeza. La audiencia no pudo evitar un grito de sobresalto cuando, apenas la capa había ocultado a su vista al médico sentado en la silla, Joachim alzó el sable y con rápido movimiento atravesó la capa de una estocada, sobresaliendo la punta del arma por el respaldo de la silla.

Con centelleantes movimientos, Joachim avanzó un paso, tiró de la capa hacia la empuñadura del arma dejando al descubierto la hoja: atravesaba de lado a lado a un esqueleto. El grupo de espectadores gritó espantado.

Joachim se inclinó saludándoles, volvió a cubrir la silla con la capa, extrajo el sable, retiró la capa de nuevo, y John Forbes apareció sentado, parpadeando deslumbrado. El mago extendió la capa manteniéndola en alto para que todos pudieran ver que el sable no había causado desgarrón alguno en ella. Su exhibición fue recibida con entusiastas aplausos. Más tarde, todos preguntaron a John Forbes en qué consistía el truco y cómo había conseguido el mago hacer desaparecer su cuerpo cambiándolo por un esqueleto. Aseguró que no tenía la menor idea y se limitó a mover la cabeza con un gesto que parecía de sincero desconcierto.

Explicó que sólo recordaba hasta el momento en que se sentó en la silla; quizá le había hipnotizado. Dijo, además, que se preguntaba honradamente si, en realidad, Joachim no sería un auténtico alquimista. Sin embargo, nadie le creyó. Todos pensaban que John Forbes se había puesto de acuerdo con el mago.

La tercera actuación de Joachim, que dejó al grupo totalmente maravillado, fue la última de su actuación. Esta vez, Joachim agitó la capa adelante y atrás y, uno tras otro, fueron apareciendo innumerables globos de colores que ascendían lentamente, flotando en el aire. El grupo aplaudió entusiasmado. Genet encendió todas las luces y los asombrados espectadores pudieron ver que el salón entero aparecía tachonado de brillantes globos de todos los colores. Los espectadores estaban encantados con este último número del mago, quien, tras agradecer los aplausos inclinándose repetidas veces, movió rápidamente los dedos.

—Joachim dice —tradujo Genet— que disfruta con la magia de la vida. Gracias.

Poco después todos se congregaron en torno al mago y su ayudante para

felicitarles.

John Forbes estaba encantado con el éxito de la velada.

A la mañana siguiente, Evelyn decidió ir a tierra firme aprovechando que era el día en que llegaba la lancha. Quería ir de compras; Julián le acompañó.

Al atardecer, cuando la pareja regresaba a la isla, se desató una tormenta. Llovía intensamente, el fuerte viento azotaba la isla y el mar rompía embravecido contra la costa. Tras dejar en el embarcadero de la isla a Evelyn y Julián, la embarcación regresó a toda prisa, para evitar el temporal que cada vez arreciaba más. Evelyn y Julián venían cargados con los paquetes de las compras que habían realizado, entre los que se encontraban unos costosos gemelos de oro destinados a John Forbes.

Sin embargo, tan pronto como entraron en el castillo, felices de encontrarse bajo techo, fueron informados de un misterioso suceso acaecido durante su ausencia: nadie había visto al doctor Forbes desde mediada la mañana y, aunque habían registrado concienzudamente todos los rincones del castillo, así como la isla, no habían hallado el menor rastro del desaparecido.

—Hemos buscado por todas partes —dijo Marshall, que parecía agotado—. No sé dónde puede estar. No hay forma de abandonar la isla porque aquí no ha venido más lancha que la vuestra.

—¿Habéis registrado todo el castillo? —preguntó Julián.

—Todo lo que se puede registrar —respondió Marshall—. Como sabes, hay varias habitaciones en los pisos superiores que están cerradas con llave. Hemos llamado a la puerta de cada una y hemos preguntado si había alguien aunque, ¿por qué razón iba a estar en ellas? Registramos las demás habitaciones sin encontrarle.

—Bien —dijo Julián gravemente—, tendremos que descerrar las puertas cerradas. Si existe la más mínima posibilidad de que esté en una de ellas, hay que encontrarle. No podemos hacer otra cosa porque la lancha no regresará hasta dentro de tres días.

Mientras los hombres se aprestaban a registrar la casa, rompiendo cuantas cerraduras fuera preciso, Evelyn, preocupada y confusa, fue a su habitación a cambiarse. Cuando abrió el cajón de su cómoda para coger una blusa, vio su diario, del que sobresalía una hoja plegada.

La tomó llena de presentimientos, la abrió temblorosa y vio que estaba escrita a máquina, sin firma. La nota decía:

Querida Evelyn:

*La presente es para darte el adiós definitivo. Para siempre. Nada más.
Voy a quitarme la vida.*

John Elliot Forbes.

Evelyn se apresuró a regresar junto a los demás y les mostró la breve misiva.

—Me niego a creer que John se haya suicidado —dijo—. ¡Dios mío, no puede hacerlo! Debe ser una broma, o un truco.

—¡Madre de Dios! —dijo Julián moviendo la cabeza abatido—. Es terrible. Tenemos que avisar a la policía tan pronto como sea posible. Sugiero que intentemos pasar la noche lo mejor que podamos y mañana trataremos de hacer señales a algún barco que pase cerca y daremos parte a la policía.

La tormenta no tardó en estallar con toda su violencia. Se fue la luz. Todos estuvieron de acuerdo en que era inútil seguir buscando en medio de la oscuridad. Era mejor esperar al nuevo día e intentar entonces mandar aviso a las autoridades.

Nadie cenó aquella noche. Después de permanecer sentados en la sala de estar, alumbrados por la tenue luz de las velas, se retiraron a sus habitaciones.

Evelyn intentó hilvanar algunas frases en su diario.

No sé qué pensar ni qué decir... John, John, John... ¿por qué? ¿por qué? ¿por qué? Lo siento tantísimo...

La tormenta había desaparecido al amanecer; tan pronto se levantaron, todos salieron de la casa dispersándose por la isla, escrutando ansiosamente el mar para ver si pasaba algún barco.

Poco antes del mediodía, Alfred logró llamar la atención de los tripulantes de un pequeño yate que navegaba a unas pocas brazas de la costa. Haciéndoles frenéticas señales logró comunicarles que estaba en dificultades. Los del yate (resultaron ser una pareja inglesa que estaba de vacaciones) enviaron a dos tripulantes en una balsa neumática. Julián les dio cuenta de lo sucedido y les pidió que dieran parte de lo sucedido en tierra firme para que acudiera la policía a la isla. Los tripulantes prometieron cumplir su encargo.

Más adelante, mientras esperaban, Evelyn andaba inquieta por el viejo caserón. En su deambular sin rumbo llegó a la elevada torre que coronaba el edificio, desde la que podía verse el mar rodeando por completo la isla.

Mientras estaba en lo alto del torreón, se fijó en una piedra de un muro. Había en ella una inscripción, una sola línea de letras que supuso había sido grabada por algún habitante anterior de aquella imitación de fortaleza. La inscripción decía:

A ETTITI MOY

Mientras permanecía inclinada, tratando de descifrar la extraña frase, sintió que algo le golpeaba con violencia, terriblemente, en la espalda. Lanzó un alarido al sentirse empujada hacia delante, arqueó el cuerpo sobre el parapeto que rodeaba el torreón a la altura de su cintura, y se dio cuenta de que caía, caía...



Geneviève, que salía de la casa en dirección a la playa, escuchó el grito aterrizado de Evelyn.

Miró hacia donde había sonado, justo a tiempo de ver el cuerpo de Evelyn desplomándose en el vacío, desde el parapeto. Horrorizada, sin poder emitir sonido alguno, presenció la mortal caída y el golpe del cuerpo contra el suelo, donde quedó inmóvil.

La aterrizada muchacha logró recuperar la voz y gritó pidiendo socorro. Luego se precipitó hacia donde había caído el cuerpo de Evelyn con la infundada esperanza de que aún estuviese con vida. Ocioso es decir que, como la altura era tan considerable, Evelyn había muerto.

Los demás, que habían estado dentro de la casa todo el tiempo, salieron fuera al oír los alaridos de Geneviève. Tan pronto como vieron que Evelyn estaba muerta y que nada se podía hacer por ella, se alejaron de allí aturcidos, presos de un gran abatimiento. Sólo Julián permaneció junto al cuerpo con la cabeza inclinada.

La policía, que sólo había sido informada de la desaparición de John Forbes, pensaba que se trataba de un caso de suicidio. A su llegada se encontraron con un cuerpo con el que no contaban. Pese a todo, se interesaron por ambas muertes de forma excesivamente superficial. Era evidente que les interesaban muy poco los forasteros que sólo venían a causarles dificultades, suicidándose y arrojándose desde las torres.

Naturalmente, tomaron declaración a Geneviève, testigo de la caída de Evelyn, e interrogaron a cuantos se encontraban en la isla. Querían saber dónde estaban cuando se produjo el hecho. El interrogatorio no condujo a ninguna parte, ya que todos aseguraron que se hallaban en distintas habitaciones, por lo cual desconocían lo que había sucedido. Además, como Geneviève declaró que no había visto a nadie más en la torre, la policía pareció conformarse y aceptar que la muerte de Evelyn se debía a un fatal accidente, y dieron el caso por concluido.

Cuando la policía leyó la nota en la que John Forbes declaraba su intención de

quitarse la vida, iniciaron la búsqueda de su cuerpo. A última hora de la tarde no lo habían encontrado y pospusieron las pesquisas para el día siguiente.

Mientras los agentes permanecían en la isla, los visitantes decidieron no quedarse más tiempo allí; hicieron sus equipajes y, cuando se marchó la policía llevándose el cuerpo de Evelyn, se fueron con ellos. Ya en tierra firme, Joachim y Genet partieron hacia París mientras los demás se quedaban alojados en un hotel. La policía se había llevado el cuerpo de Evelyn para hacerle la autopsia.

Pasaron varios días, durante los que el grupo permaneció en el hotel, antes de que la policía descubriera por fin a John Forbes, colgado del cuello por una cuerda, en un rincón de la bodega situada detrás de la casa.

Por entonces, la policía había devuelto ya el cuerpo de Evelyn. La autopsia demostró que la muerte se había producido por la caída que había sufrido. El grupo volvió en avión con el cadáver para enterrarlo en el panteón familiar del cementerio del valle Green Spring, Maryland.

La policía retuvo el cuerpo de John Forbes para hacerle la autopsia y, tras determinar que había muerto ahorcado, lo enviaron a su pueblo natal en Illinois, donde su hermana se encargó del sepelio.

CAPÍTULO 7

Después de la muerte de Evelyn, Marshall Robins (único miembro superviviente de la familia) permaneció en Greenlawn, viajando frecuentemente a la sede de Robins Cosmetics en Nueva York o al laboratorio de Nueva Jersey. Aunque ostentaba el título de presidente de la compañía y de su consejo de administración, cada vez delegaba más funciones directivas en Julián Shields.

También Alfred y Dorina Wales estaban en Greenlawn sirviendo a Marshall en sus funciones habituales. Geneviève, que permaneció algún tiempo en la finca después del funeral de Evelyn, había regresado a París.

Desde su partida, Marshall hacía una vida solitaria, y cada vez parecía más embebido en sus propios pensamientos.

Entonces ocurrió otro curioso incidente. Parecía como si toda aquella serie de extraños sucesos persiguiera a cuantos llevaban el apellido Robins. Al amanecer de una mañana otoñal, un camionero encontró el coche de Marshall, un Bentley, volcado en el fondo de un terraplén junto a la carretera comarcal, a unos veinte kilómetros de la finca Greenlawn. Utilizó la radio de su vehículo para llamar a la policía estatal.

Cuando llegó ésta no había ni rastro de Marshall Robins, aunque sí se descubrieron dos orificios, al parecer de bala, en la ventanilla del lado del conductor y en la luneta trasera del Bentley, respectivamente. Los agentes llamaron a los técnicos del laboratorio y del departamento de homicidios, quienes, a poco de llegar, confirmaron la primera impresión: eran orificios de bala. No había, sin embargo, rastros de sangre en ningún sitio, dentro ni fuera del coche.

Esta vez, el caso recayó en las manos del capitán Waltham, del departamento de homicidios de la policía del estado. Nombró ayudante al sargento detective Horgan, que ya dirigiera la investigación del asesinato de James Robins en Greenlawn. El capitán Waltham era un hombre de unos cuarenta años de edad, delgado, de estatura mediana; tenía el genio vivo, impaciente y exigente.

—Quiero que el caso quede resuelto —anunció tan pronto como vio el coche y supo que era de Marshall Robins—. Han acabado con todos los miembros de esta familia uno tras otro. No se ha conseguido averiguar quién lo hizo, ni cuándo, dónde, cómo o por qué... Esta vez exijo respuestas, y voy a encontrarlas.

Tras pronunciar estas palabras, partió hacia Greenlawn en compañía del sargento Horgan y de varios agentes.

Alfred y Dorina se quedaron mudos de asombro cuando se les comunicó que había aparecido el coche de Marshall con señales de haber sido tiroteado, y sin vestigios de su ocupante.

—Todo lo que podemos decirle —respondió Alfred a las preguntas del capitán Waltham— es que el señor Marshall Robins estuvo en Nueva York estos últimos días,

y que debía hallarse de camino hacia aquí, procedente del aeropuerto, cuando desapareció. Solía presentarse sin avisar, por lo que no puedo saber si salió del aeropuerto anoche o esta mañana.

Los agentes permanecieron en la casa haciendo algunas llamadas para averiguar los movimientos del desaparecido durante las últimas veinticuatro horas. Waltham comprobó, hablando con la sede de Robins Cosmetics en Manhattan, que había estado allí el día anterior. Según le explicó Julián Shields, su interlocutor, le había anunciado su propósito de salir por la noche hacia Greenlawn. Le dijo, además, que él mismo iría en avión para estar en la finca cuanto antes, ya que deseaba estar presente en su calidad de abogado de los Robins.

En otra llamada al aeropuerto, situado a unos treinta y cinco kilómetros de la finca, le indicaron que Marshall Robins había llegado en aerotaxi la noche anterior, alrededor de las doce. Solía dejar su coche aparcado en el aeropuerto cuando viajaba a Nueva York, y varios testigos afirmaron haberle visto salir en el Bentley poco después de medianoche.

El capitán Waltham llamó a la policía local y pidió que difundiera un boletín con todos los datos de Marshall. Obtuvo, igualmente, una fotografía del desaparecido, que le facilitaron el mayordomo y su mujer, para entregarla a la prensa y a las emisoras de televisión.

Waltham, que había estado interrogando a Alfred y Dorina en la sala de estar, se disponía a salir cuando el sargento Horgan hizo acto de presencia. Horgan había decidido revisar el armero, que recordaba de su anterior visita a la finca, y venía de la biblioteca donde James fue asesinado. Al entrar, se llevó aparte al capitán Waltham para informarle de que, al parecer, faltaba un revólver de la colección del armero.

Ambos fueron a comprobarlo en compañía de Alfred y Dorina. Como el sargento había dicho, en la colección faltaba un revólver.

—¿Sabe algo de esto? —preguntó Waltham volviéndose al mayordomo.

—No, señor —respondió Alfred haciendo gestos negativos con la cabeza.

—Falta un arma, ¿no es cierto? —El capitán avanzó un paso hacia él.

—Así parece —convino Alfred—. La bandeja ha estado siempre completa. Pero, yo no sé nada...

Waltham se volvió rápidamente a Dorina.

—¿Y usted? ¿Advirtió que faltaba un arma?

Dorina se echó atrás, temerosa.

—Capitán —se apresuró a intervenir Alfred—, no ha podido darse cuenta. Dorina nunca se acerca al armero. Le causa pavor.

El capitán miró un momento al mayordomo.

—Bien —dijo—, de lo que no hay duda es de que falta uno y que alguien lo ha tomado. Alguien que disparó contra el coche del señor Robins. ¿Salió usted de aquí anoche, o esta mañana temprano?

Ahora era Alfred el que parecía asustado.

—Yo... —empezó a decir, pero se le quebró la voz.

—¿Salió usted? —exigió Waltham.

Alfred miraba nervioso de uno a otro policía.

—Yo... sí, esta mañana temprano. Fui en el Volkswagen a una gasolinera. Dorina me dijo anoche que necesitaba algunas cosas de la tienda y que teníamos que ir de compras.

Waltham fijó sus ojos en él.

—Dice que era temprano. ¿A qué hora?

—Sobre... sobre las siete —dijo Alfred.

—Ya sabe dónde hallaron el coche del señor Robins. ¿A qué distancia cree que está ese sitio de la gasolinera?

El mayordomo parecía preocupado.

—Yo diría que a unos... tres o cuatro kilómetros. Es decir, desde donde usted me ha dicho que le encontraron habrá unos tres o cuatro kilómetros hasta la gasolinera, siguiendo por la carretera.

—Ya veo —dijo Waltham. Tomó una súbita decisión—. Quiero que venga a firmar una declaración en la comisaría.

—¡No! —gritó Dorina.

Alfred se apresuró a tranquilizar a su mujer.

—Está bien, Dorina, no te preocupes —dijo—. No tardaré. No pasará nada, ya lo verás.

Miró a Waltham y Horgan.

—Si cuando llegue el señor Shields no he vuelto —dijo a su esposa—, dile lo que ha sucedido y pídele que venga a ayudarme.

Salieron de la finca en uno de los coches patrulla. Al llegar a la comisaría, el mayordomo fue conducido a una de las salas de interrogatorios, donde el capitán Waltham prosiguió con sus preguntas. No sólo le interpelló sobre los acontecimientos de la noche anterior y de aquella mañana, sino que se interesó igualmente por la misteriosa muerte de los miembros de la familia Robins acaecida con anterioridad. A todo ello respondió el mayordomo, insistiendo en que había dicho la verdad sobre sus andanzas de aquella mañana; sobre los restantes crímenes, nada podía añadir a lo que ya conocía la policía.

Pese a todo, Waltham continuó interrogándole toda la mañana y a primeras horas de la tarde, hasta que llegó Julián Shields.

El abogado intercedió rápidamente en defensa de Alfred.

—Mire, señor —dijo al capitán Waltham—. No tiene derecho a retenerle y acosarle como ha estado haciéndolo. Exijo que le deje libre.

—Desde luego —respondió Waltham suavemente—. Sólo le estaba interrogando como testigo. Ahora, si quiere leer y firmar la declaración que ha hecho, podrá marcharse.

—Bien —accedió Julián Shields en tono cortante.

Más tranquilo ya, Alfred fue a los lavabos a refrescarse mientras Waltham entregaba sus notas a un agente para que las pasara a máquina. Seguidamente, el capitán volvió a la sala de interrogatorios para hablar a solas con el abogado.

—Supongo, señor Shields —dijo—, que tendrá tantos deseos como la policía de todo el mundo de que se aclaren las misteriosas muertes de los miembros de la familia Robins.

—Desde luego —replicó Julián fríamente—. Pero también soy abogado, el abogado de la familia, y mi obligación es velar por sus intereses y por los de todas las personas relacionadas con los Robins. Para que estén protegidos.

El capitán frunció el ceño.

—¿Incluso si le digo que Alfred Wales podría ser la clave de todas esas muertes?

—¡Vamos, hombre! —dijo Julián impaciente—. No puede hablar en serio. ¿De veras cree que Alfred...? ¡Si ni siquiera estaba presente cuando murió o desapareció cada uno de ellos!

—Veámoslo desde otro ángulo —dijo Waltham—. Estaba presente cuando se produjo la mayoría de los casos, incluido, permítame recordárselo, el más reciente: el del último miembro de la familia, el señor Marshall Robins, ocurrido esta misma mañana. Si, por lo menos, pudiéramos dar con el motivo...

Julián movió la cabeza con gesto de duda.

—Creo que sigue usted un camino equivocado.

—Ya veremos —dijo el capitán Waltham—. Puede llevárselo, pero me propongo proseguir con esta investigación. Volveré a hablar con él dentro de poco.

Julián se encogió de hombros.

Alfred volvió a la sala. Una vez que Julián hubo leído cuidadosamente la declaración preparada por Waltham, autorizó al mayordomo para firmarla, tras lo cual ambos abandonaron la comisaría.

El capitán Waltham, enardecido ante la perspectiva de solucionar aquel rosario de muertes, redactó un breve suelto de prensa sobre la desaparición de Marshall Robins y, junto con una copia de la fotografía de éste, lo envió a los medios de comunicación.

Al día siguiente, los periódicos y telediarios de todo el mundo dieron cuenta de la desaparición de Marshall Robins. Su fotografía iba acompañada de una pregunta: ¿HA VISTO USTED A ESTE HOMBRE? El relato incluía una frase de fuente desconocida: «La policía tiene fundadas sospechas sobre el presunto culpable». El público del mundo entero se sintió atraído por el enigma de la suerte corrida por los miembros de la familia Robins, incluida la extraña desaparición del último de ellos.

Como resultado de la amplia difusión del caso, no tardaron en llegar a manos de la policía multitud de informes: un taxista de Manhattan aseguraba haber trasladado a Marshall del aeropuerto Kennedy a la ciudad; un camionero de Maryland estaba seguro de que el autostopista que llevó del valle Green Spring a Maryland era él; también un automovilista de Virginia había recogido a uno que le acompañó hasta

Delaware: era Marshall, sin duda. Informes semejantes llegaron a las comisarías de Londres, París, Roma; y a las de Texas y muchos otros lugares.

El capitán Waltham no creía en nada de eso. En su opinión, a Marshall Robins le habían matado y, probablemente, enterrado en algún sitio. El asesino, sin duda, era Alfred, e hizo comparecer de nuevo al mayordomo para interrogarle una vez más, confiando en romper su resistencia.

Esta vez, Julián Shields estuvo presente. Dejó que el policía preguntara a su cliente sin interrumpirle, pero asegurándose de que se respetaban sus derechos.

La verdad era que el propio letrado empezaba a vacilar acerca de la inocencia de Alfred. La semilla de la duda prendió en él a causa de la observación que hiciera el capitán la primera vez que hablaron a solas: encontrar el motivo que tenía Alfred para desear la muerte de Marshall.

Ni qué decir tiene que Julián, en su calidad de abogado de la familia Robins, conocía las disposiciones económicas adoptadas por Evelyn en favor de la hija del mayordomo y del fruto de los amores de ésta con su hijo James. Muy posiblemente, Marshall descubrió tal arreglo, como último miembro vivo de la familia, y desde luego Alfred daba por sentado que se enteraría. La pregunta que Julián se hacía continuamente era ésta: «¿Mató Alfred a Marshall temiendo que, al enterarse, suspendiera la ayuda financiera a su hija?». El tema le inquietaba.

Aunque nada dijo al respecto al capitán Waltham, tenía, pues, interés en que la policía descubriera cuanto le fuera posible sobre el mayordomo.

Alfred, a su vez, parecía consciente del sutil cambio de actitud del abogado en relación con él, porque perdía confianza a medida que avanzaban los interrogatorios. Respondía con evasivas o de forma poco clara a las preguntas que Waltham repetía machaconamente sobre los miembros de la familia Robins muertos o desaparecidos: James, Cynthia, Lewis, Libby y Evelyn entre los primeros, y Tyler, Candace y Marshall entre los segundos. Mostraba, además, otras señales visibles de angustia o culpabilidad: sudaba, le temblaban las manos y se le quebraba la voz.

Finalmente, Waltham dio por terminado el interrogatorio, hizo una seña a Julián para que le acompañara y, una vez fuera de la sala, le dijo en voz baja:

—Creo que está a punto de derrumbarse.

Julián se limitó a asentir con un gesto.

Volvieron adentro. Alfred se encogió en su silla cuando vio que el capitán Waltham se dirigía hacia él.

—Díganos la verdad, Alfred —apremió.

En ese mismo instante sonó el teléfono. Waltham lo descolgó, furioso.

—¿Diga? —aulló.

Instantes después pareció desplomarse; su aspecto al colgar el aparato y volverse a los dos hombres era de asombro, como si no creyera en las palabras que iba a pronunciar.

—Me informa la policía de Baltimore de que Marshall Robins acaba de

presentarse allí, sano y salvo. Dice que ha sufrido amnesia. Vienen hacia aquí con él.

—¿Está seguro...? —empezó a decir Julián.

—Están seguros de que es él mismo, en persona —respondió Waltham con voz ronca.

—El señor Marshall está vivo —musitó Alfred—. ¡Gracias, Dios mío!

Poco después, Marshall llegaba a las dependencias policiales, en un coche patrulla. Parecía cansado, demacrado, y estaba sin afeitarse y con el traje sucio y arrugado.

Contó lentamente lo sucedido: al llegar en avión de Nueva York, ya al filo de la madrugada, recogió el coche y emprendió el camino de Greenlawn. Cuando marchaba por el tramo de carretera donde luego apareció su vehículo, le alcanzó otro coche que circulaba a gran velocidad; alguien le disparó y luego embistieron contra su automóvil, lanzándolo por el terraplén hasta quedar volcado.

Se las arregló como pudo para abandonar el coche, en medio de la oscuridad, y corrió a esconderse. Entre los asaltantes había dos hombres que descendieron hasta el fondo y procedieron a buscarle gritando y blasfemando. Oyó sus voces y divisó sus siluetas: vio que eran fornidos, gigantescos, pero no pudo verles la cara. Consiguió arrastrarse hasta que, ya lo bastante lejos, corrió, corrió desesperadamente. Más tarde sufrió un *shock* como consecuencia de su aventura, tuvo un ataque de amnesia y anduvo sin rumbo fijo, sin saber dónde estaba ni quién era. Recordaba, aunque sólo vagamente, que le había recogido el conductor de un camión, pero nada más. Por último recuperó la memoria en una calle de Baltimore, se dirigió a la comisaría y le dijeron que su desaparición era noticia de primera plana en los periódicos y telediarios del mundo entero. Llamó entonces a Greenlawn, habló con Dorina y ésta le contó lo que sucedía con Alfred, su interrogatorio por la policía y demás. Pidió a la policía de Baltimore que llamara a la del estado... No podía decir más, salvo que estaba allí, en comisaría.

Un policía mecanografió la declaración de Marshall y éste la firmó. Más adelante describió como pudo a los dos tipos que le atacaron. No se consiguió detener a persona alguna relacionada con el caso.

El incidente no pasó de ser un extraño capítulo más en el drama de la familia Robins.

CAPÍTULO 8

Quienes conocían bien a Marshall Robins no tuvieron más remedio que alarmarse ante las crecientes señales de paranoia que presentó tras la aventura relatada. Se había convertido en un recluso en Greenlawn, donde ahora vivía solo.

Había despedido al matrimonio Wales y, salvo algún viaje ocasional a las oficinas de Robins Cosmetics en Nueva York, no se relacionaba virtualmente con nadie. Incluso había roto con Geneviève, por la que parecía sentirse sinceramente atraído, y no quería saber nada de su exmujer ni de George Pittman. Tan sólo Julián Shields cambiaba algunas palabras con él. Julián dirigía Robins Cosmetics y parecía estar profundamente preocupado por Marshall.

Tanto era así que, unas semanas después de la muerte de Evelyn, Julián visitó a George Pittman para cambiar impresiones sobre el estado de Marshall y ver qué podían hacer en su favor.

—George —dijo Julián—, ese muchacho necesita que alguien le ayude. Está absolutamente desquiciado: cree que le quieren matar y piensa que será la próxima víctima del siniestro complot tejido en torno a la familia Robins para eliminarlos a todos, como repite de continuo. ¿No podríamos hacer algo en su favor?

George movió la cabeza dubitativo.

—No lo sé. He pensado mucho sobre el triste destino de esta familia, en especial, evidentemente, sobre la muerte de Libby. También yo me pregunto a veces si no será cierto que hay una confabulación para destruirlos a todos.

—Pero eso es imposible —protestó Julián—. Ni siquiera se ha encontrado un sospechoso que estuviera en los lugares donde se produjeron las muertes y desapariciones, o cuando sucedieron.

—Quizá no haya un sospechoso concreto —dijo George—, pero sí hay una persona que estuvo presente en todos los casos: el propio Marshall.

—¡Venga, hombre! —respondió Julián con presteza—. Es imposible que pienses que él se deshizo de los demás.

George volvió a mover la cabeza, lentamente.

—Supongo que no puedo pensar tal cosa. Sin embargo, en alguna que otra ocasión se me ha ocurrido.

—Sea como sea —dijo Julián—, ¿qué vamos a hacer con Marshall? ¿Te parece que hablemos con él?

—Por mi parte, no hay inconveniente —asintió George—. A condición de que seas tú quien se ocupe de todos los detalles.

Julián prometió hacerlo y unos días más tarde, después de intentar repetida e infructuosamente hablar por teléfono con él, hizo una visita a Greenlawn.

El aspecto de la finca le dejó sin habla: el abandono era total. El césped y los

jardines estaban invadidos por la maleza; la piscina exhalaba una fetidez húmeda, de pozo negro; las cuadras aparecían vacías; las pistas de tenis cubiertas de suciedad y, según pudo, comprobar, algunas ventanas superiores estaban rotas.

No recibió respuesta a las repetidas llamadas que hizo, aunque tenía la sensación de que alguien le observaba desde el interior. Dio vueltas al edificio llamando a gritos a Marshall, pero no obtuvo respuesta. Terminó por abandonar el lugar.

Cuando telefoneó a George para darle cuenta de lo sucedido, éste le dijo:

—Me sospecho que tendrás que seguir intentándolo. Quizá se haya escondido en su casa y no quiera salir hasta que lo considere oportuno.

Pasaron varios días más antes de que George recibiera una nueva llamada de Julián. Esta vez, el abogado parecía poseído de gran excitación y hablaba atropelladamente.

—Escucha —dijo—. Acaba de llamarme Marshall. Me ha dicho que quiere hablar con nosotros dos. Que tiene noticias importantes y que es muy urgente.

—Está bien —respondió George—. Ya te dije que hablaría con él si estabas presente y...

—Aguarda —cortó Julián—. Hay más, escucha. Le contesté que iríamos inmediatamente a Greenlawn, pero me respondió que no. Espera reunirse con nosotros esta tarde, a las seis, en tu casa...

—Está bien —repitió George, pero de nuevo le cortó Julián.

—Todavía hay más. Un momento antes de que me llamara recibí un informe de auditoría que había pedido hace tiempo los libros de Robins Cosmetics. Ordené una revisión y... —se interrumpió.

—¿Y qué? —apremió George.

—Pues —Julián habló lentamente, como si sopesara sus palabras— que, según los libros, faltan veinticinco millones de dólares. Están intentando localizar a dónde han ido a parar. Todo lo que han logrado descubrir hasta el momento es que Marshall transfirió cinco millones, por lo menos, a su cuenta particular y, de ésta... a Dios sabe dónde. Parece que la responsabilidad de la suma total que falta es suya, exclusivamente...

—La ha mandado a un banco suizo —dijo George.

—No lo sé —la voz de Julián delataba su sorpresa—. Escucha —añadió—, saldré de aquí dentro de un momento. Tardaré bastante en llegar a tu casa y si no salgo ya no estaré allí a las seis.

—Te espero aquí —dijo George.

Eran las siete menos veinte cuando Julián llegó a casa de George Pittman, quien, en efecto, le estaba aguardando. Marshall no había aparecido aún.

—Hay un tráfico horroroso —dijo Julián—. Ni señales de él, ¿verdad?

George hizo un gesto negativo.

—Cuando vi que no llegaba a la hora acordada, ni tú tampoco, intenté hablar con él por teléfono. No contestó a las llamadas que hice.

Cuando dieron las siete, Marshall seguía sin aparecer. Los dos hombres marcaron repetidamente el teléfono de Greenlawn, pero no obtuvieron respuesta.

Vista la inutilidad de su esfuerzo, Julián dijo:

—Bien, no nos queda otra salida. Tenemos que tomar el avión para Maryland y llamar a la policía.

Alquilaron un aerotaxi en el aeropuerto Teterboro de Nueva Jersey. Nada más aterrizar en Maryland, contrataron un coche y Julián llamó a la policía. Tras identificarse, expuso sus temores de que algo raro sucediera en la finca Greenlawn y pidió que se reunieran allí con él. Advirtió que también estaría presente George Pittman.

Poco más tarde llegaron los dos hombres a la finca. Los agentes se les habían anticipado. Dos coches patrulla estaban esperando.

Julián y George expusieron sus temores sobre Marshall Robins, a quien creían dentro de la casa. Los policías descerrajaron la puerta. Entraron, seguidos por Julián y George.

El interior de la casa parecía una pocilga: en el piso bajo se veían periódicos viejos, latas de comida y platos sucios por todas partes. No había señal de Marshall. En el primer piso les aguardaba un espectáculo aterrador: la bañera, la ducha, las paredes y el suelo mostraban extensos chorreones de sangre. Pese a que registraron a fondo toda la casa, no hallaron ningún cuerpo.

Una vez más, los detectives de homicidios y los técnicos policiales invadieron la finca en busca de pruebas. Condujeron a Julián y George a comisaría para interrogarles, tras lo cual les dejaron marchar.

Pasaron varios días antes de que la policía diera por concluido el examen científico de las pruebas que habían encontrado. Lo más sorprendente fue que la gran cantidad de sangre hallada en el cuarto de baño no correspondía al grupo sanguíneo de Marshall Robins: era del tipo O, no del A.

Además, en ninguno de los rincones de la casa se halló ropa alguna que hubiera pertenecido a Marshall Robins.

La sangre del cuarto de baño desconcertaba particularmente a los investigadores. Al ampliar el inventario de los datos o pistas que pudieran aportar una solución al misterio, descubrieron que unas semanas atrás había sido robada del laboratorio de Robins Cosmetics en Nueva Jersey cierta cantidad de sangre allí almacenada para experimentación. Las fichas del laboratorio indicaban que era del mismo tipo que la que había sido hallada en Greenlawn. No había duda de que se pretendió simular un crimen.

Se realizó un nuevo registro de la casa. Dentro de un sobre sujeto con una goma apareció una amplia colección de notas formadas con letras recortadas de periódicos, todas del mismo tenor.

¡ERES UN ASESINO!
¡MORIRÁS!

Había una docena de ellas. No se pudo averiguar su procedencia ni cómo las había recibido Marshall. Fueron enviadas al laboratorio policial para su análisis, pero no se hallaron huellas dactilares ni pista alguna que condujera a determinar su remitente o el lugar de envío.

Así quedó, inconclusa, la investigación sobre la suerte que hubiera corrido Marshall Robins.

Semanas más tarde, el mar arrojó a la playa, en el golfo de Trieste, en la costa nororiental de Italia, el esqueleto de una mujer. Ante la imposibilidad de identificarlo por los datos médicos o dentales de las mujeres cuya desaparición había sido denunciada en la zona, o incluso en toda Italia, las autoridades participaron el asunto a las oficinas de la Interpol en París.

Pasó algún tiempo antes de que la Interpol diera con el nombre de una mujer que, mucho tiempo atrás, se había desvanecido como el humo en aquellos lugares: Candace Robins. La posterior comprobación de sus antecedentes médicos demostró que, en efecto, aquél era su esqueleto.

Así, en una breve ceremonia celebrada poco después, a la que asistieron George Pittman, Pamela (la exmujer de Marshall) y Julián Shields, se dio a Candace el definitivo descanso en el cementerio de Green Spring, Maryland, junto a los restantes miembros de su familia.

Así también, aquel mismo día George montó en el terreno de la familia el gigantesco monumento que acababa de construir en recuerdo del insondable misterio que envolvió las muertes y desapariciones de la familia de Tyler Robins.

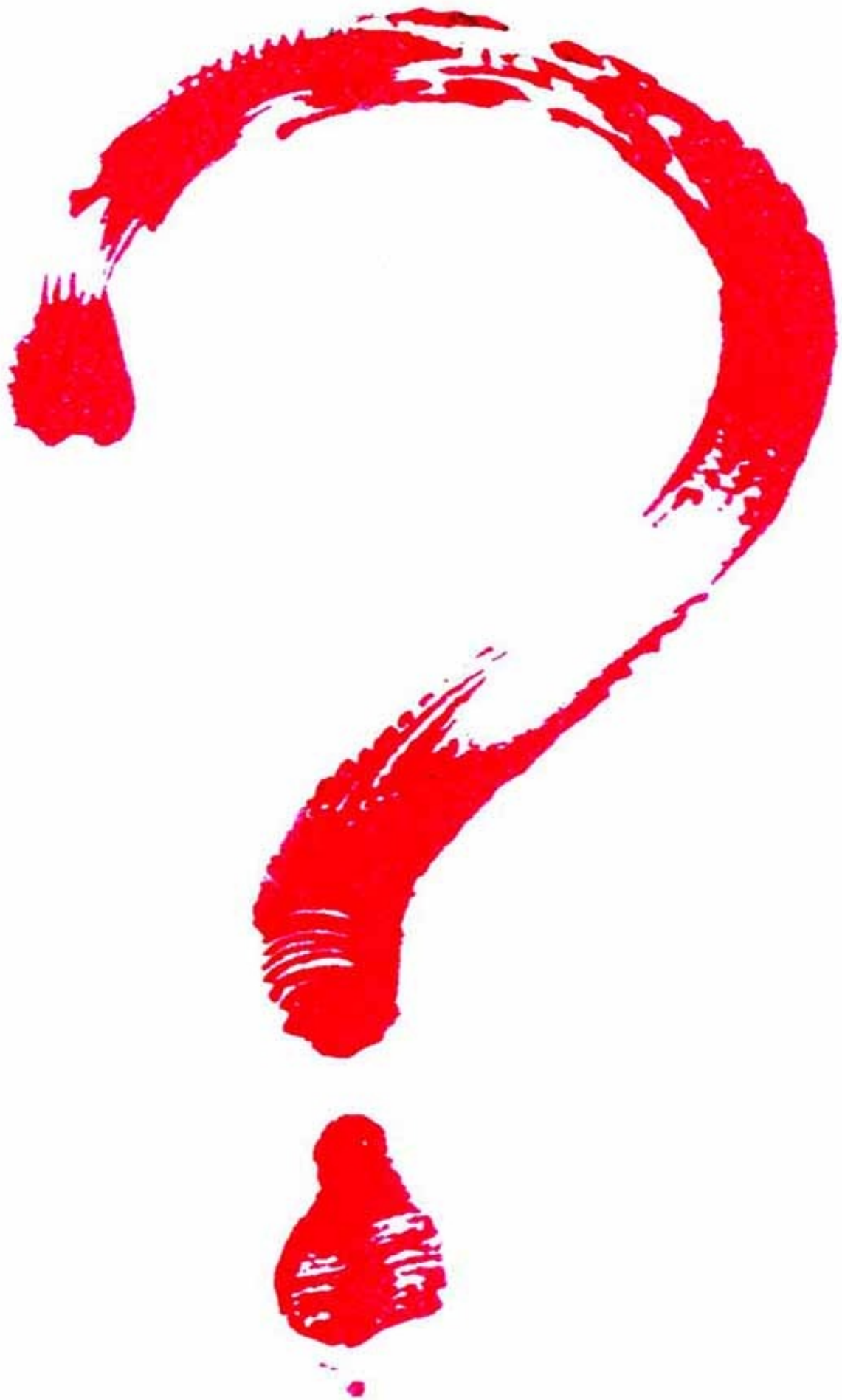
El monumento mostraba en su parte frontal una placa con la siguiente leyenda:

ESTE MONUMENTO QUE AQUÍ SE ALZA
QUIERE HONRAR A LAS VÍCTIMAS
DE UNA SERIE DE BRUTALES CRÍMENES
CUYO MISTERIO NO HA SIDO DESVELADO

3-83

Un año después, Julián Shields contrajo matrimonio con Janice Elgar, que había estado invitada en el crucero del yate de los Robins, el *Falconer*, cuando Tyler Robins se enfrentó con su extraño destino. Durante el funeral por el eterno descanso de su alma, Julián y Janice volvieron a encontrarse en Greenlawn, por primera vez después del crucero. Tras la muerte de Evelyn Robins, ambos empezaron a verse con frecuencia en Londres y Nueva York, y decidieron casarse.

Después de la boda, adquirieron la finca de Greenlawn, la restauraron y se marcharon a vivir en ella.



CUESTIONARIO

Amigo lector:

Ha llegado el momento de demostrar sus buenas aptitudes de detective. Después de haber leído «¿QUIÉN MATÓ A LOS ROBINS?», está en perfectas condiciones de descubrir el misterio que rodea las muertes de los personajes.

Por otra parte, los primeros títulos de la colección «GRANDES MAESTROS DEL CRIMEN Y MISTERIO» le habrán servido de excelente entrenamiento para orientarlo en sus investigaciones. Lo invitamos a que nos haga conocerlas, escribiéndonos. Hyspamérica ha instituido una recompensa equivalente a diez mil dólares estadounidenses —un poco más que los honorarios del mejor detective privado de Nueva York— para ser abonada a quien identifique a los ocho asesinos de los Robins.

Si hay más de uno que acierte, la recompensa será prorrateada entre los ganadores. Si ninguno de los lectores llega a descubrir a los asesinos, será donada como contribución a las obras de la Biblioteca Nacional.

Le deseamos mucha suerte.

Hyspamérica

COMO ENVIAR LAS RESPUESTAS

Complete el cuestionario con sus respuestas, o reprodúzcalo a máquina o manuscrito (exclusivamente con letras mayúsculas). Es indispensable contestar todas y cada una de las preguntas con claridad.

RESULTADOS

Las respuestas al misterio de este apasionante caso, se hallan depositadas en la «U. S. Safety Deposit Corporation» de Nueva York, y serán develadas el 28 de mayo de 1984 en Washington D. C. (U. S. A.), en el transcurso de la Feria del Libro de la A. B. A. (American Bookseller Association). En ese momento se harán públicos los nombres de los asesinos de los Robins.

El 12 de junio de 1984 Hyspamérica dará a conocer la lista de quienes hayan acertado la totalidad de las respuestas, a través de la prensa y del tomo correspondiente de la colección “GRANDES MAESTROS DEL CRIMEN Y MISTERIO”, además de comunicarlo por carta a cada uno de los interesados.

IMPORTANTE

★ La fecha límite de recepción de respuestas será el día 15 de mayo de 1984. Para participar, es necesario residir en territorio argentino.

★ Es imprescindible enviar las respuestas con sus datos personales y su firma. Solamente se acepta una respuesta por persona.

★ El pago de la recompensa se efectuará a partir del 19 de junio de 1984, en las oficinas de Hyspamérica, Corrientes 1437, 5° P., (1042) Buenos Aires.

★ Las respuestas deben ser enviadas a Hyspamérica, Casilla de Correo N° 1982 o 2796, (1000) Correo Central, Buenos Aires.

★ La recompensa será prorrateada entre todos los concursantes que hayan respondido correctamente a las ocho preguntas —es decir, que hayan dado el nombre de los ocho culpables de los ocho asesinatos— y consiste en el equivalente a diez mil dólares estadounidenses pagaderos en moneda argentina al tipo de cambio comprador del Banco Nación del día 18 de junio de 1984, día anterior al pago.

★ Ninguna persona vinculada a Hyspamérica participará con sus resultados en esta investigación.

★ La participación supone la aceptación de estas bases.

CUESTIONARIO

Escriba abajo los nombres de los asesinos. Las respuestas tienen un mayor o menor grado de dificultad según los capítulos.

Hay dos respuestas a dar para el capítulo 3 —donde se cometen dos crímenes— y ninguna para el capítulo 7.

Capítulo 1

¿Quién es el asesino? _____

Capítulo 2

¿Quién es el asesino? _____

Capítulo 3

¿Quién es el asesino de Cynthia? _____

¿Quién es el asesino de Candace? _____

Capítulo 4

¿Quién es el asesino? _____

Capítulo 5

¿Quién es el asesino? _____

Capítulo 6

¿Quién es el asesino? _____

Capítulo 8

¿Quién es el asesino? _____

Nombre _____

Apellido _____

Profesión _____ Edad _____

Dirección _____ N° _____

Cod _____ Piso _____ Ciudad _____

Provincia _____ TE.: _____

DNI-CI N° _____ Firma _____

★ Complete este formulario o reprodúzcalo a máquina o manuscrito (exclusivamente con letra de imprenta). Enviar a Hyspamérica — Casilla de Correo N° 1982 o 2796 — (1000) Correo Central — Buenos Aires.